

# Cuadrante

*Revista semestral de Estudos Valencianismos e Històrics*

*Los Amigos*  
*Valle Inclán*  
Vilanova de Arousa



FUNDACIÓN  
VALLE INCLÁN

# Cuadrante

*Revista semestral de Estudos Valleinclanianos e Históricos*

Amigos  
Vilanova de Arousa



*Editada pola*

**Asociación de Amigos de Valle-Inclán e a Fundación Valle-Inclán**

Joaquín del Valle-Inclán,  
Manuel Alberca

Valle-Inclán en Madrid: 1895 - 1899

3

Rodolfo Cardona

El teatro de Valle-Inclán entre 1910 y 1913

39

Antonio Gago Rodó

"Teatralidad o teatralización" de Valle-Inclán versus  
la institución del "teatro español": de *El embrujado* a *Luces de  
bohemia* (1913 / 1932)

79

José María Paz Gago

Capacidad del español para la literatura:  
teatro o novela. Una conferencia de Valle-Inclán en el Casino de  
Madrid.

115

Victoria Martínez

Alejandro Sawa: el hombre que se  
convirtió en Max Estrella

127

José María Leal Bóveda

Os muíños e o ciclo do pan na obra de  
Valle (1º parte)

153

Joaquín del Valle-Inclán

1. Josefina Blanco, ¿traductora?  
2. De la vida interior de Valle-Inclán

193

Praza Vella, 9  
Vilanova de Arousa  
Apartado de Correos Nº 66  
www.amigosdevalle.com

Número 25. Decembro 2012

Director

Francisco X. Charlín Pérez

Subdirectora

Sandra Domínguez Carreiro

Consello de Redacción

Joaquín del Valle-Inclán Alsina

Margarita Santos Zas

Juan Antonio Hormigón

Rodolfo Cardona

Xosé Luís Axeitos

Víctor Viana

Jesús Blanco García

Juan Fernando de Laiglesia

Fernando López-Acuña López

Xaquín Núñez Sabarís

José María Paz Gago

Ramón Torrado

Ramón Martínez Paz  
Xosé Lois Vila Fariña

Xestión e administración

Pablo Ventoso Padín  
Ángel Varela Señoráns

Comunicación

Luis Menéndez Villalva

Secretaría de redacción, xestión e  
administración

Esperanza Rosales

Diseño e maquetación

Carlos Sánchez Crestar

Imprime

Imprenta Deputación de  
Pontevedra

Dep. Legal

PO-4/2000

ISSN

1698-3971

*Cuadrante* non manterá correspondencia  
sobre orixinais recibidos e non solicitados.  
A responsabilidade das opinións vertidas  
pertence exclusivamente ós autores, o mesmo  
que o respecto á propiedade intelectual, recaíndo  
sobre eles calquera acción xudicial no caso de  
producirse plaxio.



Esta revista ha recibido una ayuda a la edición  
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

**CEDRO**

La Editorial, a los efectos previstos en el  
artículo 32.1º párrafo segundo del vigente  
TRLRHL, se opone expresamente a que cualquiera  
de las páginas de *Cuadrante* o partes de ella  
sean utilizadas para la realización de resúmenes  
de prensa. Cualquier acto de explotación de la  
totalidad o parte de las páginas de *Cuadrante*  
precisará de la oportuna autorización que será  
concedida por CEDRO mediante licencia dentro  
de los límites establecidos en ella.

 Cuadrante. Revista de Estudios

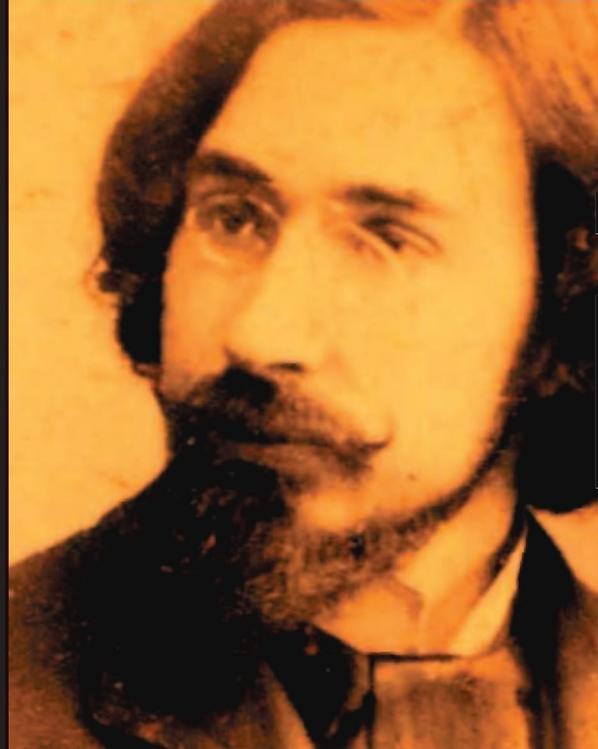
Valleinclanianos e Históricos,

nº 25, diciembre 2012.

Manuel Alberca, Joaquín del

Valle-Inclán, *Valle-Inclán en*

*Madrid: 1895-1899*. Pp 3-37.



## Valle-Inclán en Madrid: 1895-1899

Manuel Alberca

Joaquín del Valle-Inclán

**T**razar un bosquejo biográfico requiere una delimitación de los materiales a emplear, prescindiendo de datos que carecen de relevancia, por ejemplo, un episodio de gripe, para concentrarse en aquellos que permiten vislumbrar la personalidad de Valle-Inclán; así mismo es imperativo prescindir de testimonios altamente dudosos o tomarlos *cum grano salis*. Además don Ramón ocultó su vida personal puede decirse que constantemente, bien con fantasías, bien con falsedades palmarias y por tanto sus palabras han de usarse con extremada prudencia.

Diversos recuerdos de sus coetáneos padecen las mismas tachas de fiabilidad, bien por producirse muchos años después y con no pocas falsedades, como Ruiz Contreras, bien por la inquina que demuestran, caso de Pío Baroja; por tanto, para lograr una visión más exacta del autor y sus circunstancias es preferible considerar, con muy singulares excepciones, aquellos testimonios publicados en estos años, o muy próximos temporalmente, y realizados por personas que tuvieron frecuente trato personal con el escritor.

Tras su experiencia en Méjico, Valle-Inclán regresa desde La Habana a Galicia, arribando a finales de abril de 1893<sup>1</sup>. Se instala en Pontevedra, probablemente con estancias en Vilanova de Arousa<sup>2</sup>, y madura su plan para desembarcar en Madrid como literato. Refiriéndose a estos meses decía Torcuato Ulloa:

Había tenido yo la fortuna de conocer, antes que el libro se imprimiera, gran parte de los materiales que lo forman. Preado del estilo de Valle, de su frase pintoresca y precisa, de su poderoso entendimiento, de su espíritu de observador perspicaz que lleva a las más audaces investigaciones psicológicas, me había yo instituido en pertinaz acicate para su voluntad, bastante perezosilla, y en impertinente curioso de los papelotes revueltos en sus bolsillos, dentro de los que, a veces, se hallaban fragmentos de *La condesa de Cella*, *Tula Varona*, *La niña Chole*,...

<sup>1</sup> "Procedente de México, donde se hallaba desde hace ya algunos meses, ha llegado ayer a esta capital nuestro distinguido colaborador y amigo don Ramón del Valle, ilustrado periodista gallego. Damos la bienvenida al joven escritor que por algún tiempo permanecerá entre nosotros" (*Diario de Pontevedra*, Pontevedra, 1-V-1893).

<sup>2</sup> La dedicatoria de *Femeninas* está firmada en "Villanueva de Arosa, 20 de abril de 1894".

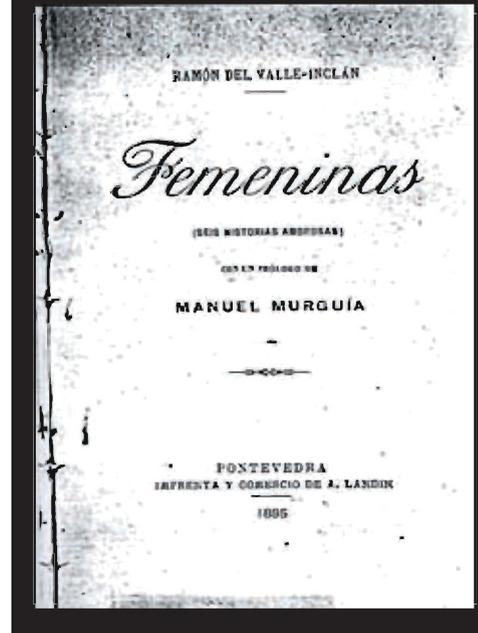
<sup>3</sup> Ulloa, Torcuato, "Femeninas" (*Diario de Pontevedra*, Pontevedra, 4-V-1895)

-¿Trae usted algo por ahí?- preguntábale con frecuencia- ¿Trabajó usted más?

Y él, aunque nada expansivo en sus amistades y sí bien cortés, fríamente cortés siempre, era bondadoso conmigo y me leía aquellas sus cuartillas de escritura extraña y retorcida, en nuestros habituales paseos por callejuelas sombrías o por carreteras solitarias.

Algunas tardes del pasado invierno, en la biblioteca de Jesús Muruais, donde nos reuníamos, mientras la lluvia caía eterna y helada sobre la plazuela, el gran literato y mi modesta persona, oímos atentos las pruebas de imprenta de las *Femeninas* que leía su autor, olvidándonos de las tristezas del cielo gris y sombrío que veíamos tras los cristales, cuando Valle hacía con su voz suave de exóticas cadencias, luminosas descripciones de los países del sol<sup>3</sup>.

Para este segundo viaje a Madrid Valle-Inclán va a seguir un plan muy semejante al de su viaje a México: editar un libro que le sirva de carta de presentación y conseguir unos ingresos fijos. Si en su primera aventura americana no logró editar *El gran obstáculo* –su primera novela con los datos existentes– esta vez tiene más éxito y saca a la luz *Femeninas*, quizás a su costa, quizás ayudado por su familia o por amigos como Ulloa o los Muruais, pero además toma una decisión terminante: nunca volverá a trabajar como periodista –que no es lo mismo que publicar en la prensa– de manera que leer telegramas,



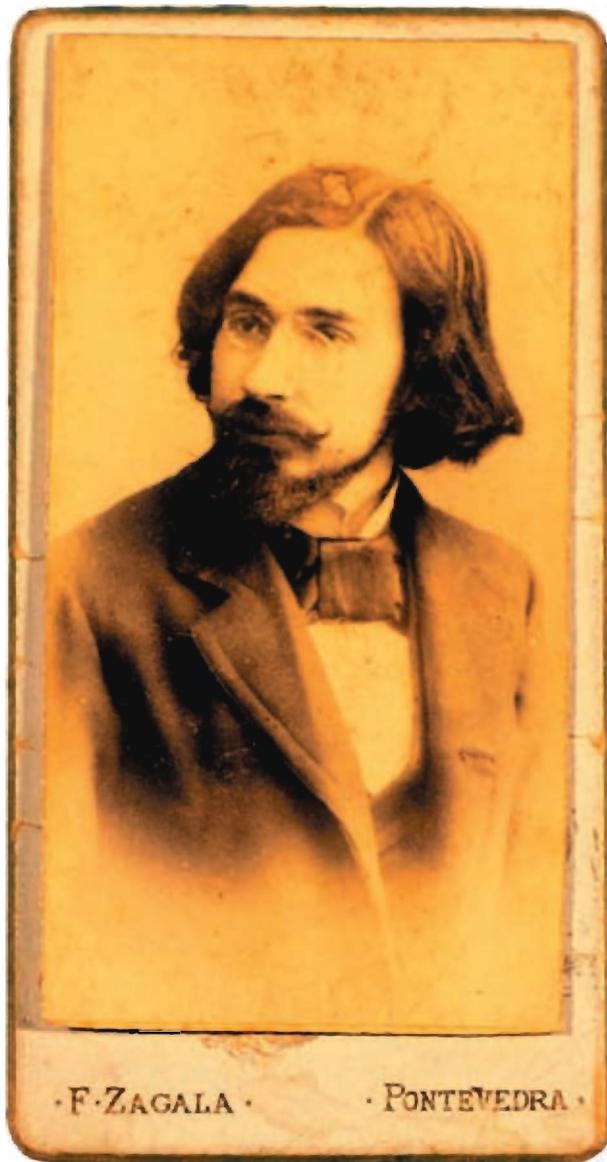
Portada de la primera edición de *Femeninas*, Pontevedra, 1895.

hinchar el perro, artículos de relleno... eso se acabó para siempre. De hecho, tras su regreso de México, sus colaboraciones en la prensa serán exclusivamente literarias, y además muy escasas en estos años.

A base de influencias logra un momio, un puesto bien remunerado en la administración donde no necesita acudir al trabajo y se limita a cobrar el sueldo. Y no cabe duda de que hay una planificación cuidadosa: en julio de 1894 *Femeninas* entra en prensa<sup>4</sup>, volumen que dio una tabarra considerable al editor por la corrección de pruebas como indica el autor en su dedicatoria a Javier Puig "en recuerdo de las muchas latas que le han dado las pruebas de este libro"<sup>5</sup>; en marzo logra el nombramiento para su puesto en Madrid, anunciado en los dos principales periódicos de la ciudad, el *Diario de Pontevedra* y *La correspondencia gallega*: "Por la Dirección general de Instrucción Pública ha sido nombrado para ocupar un cargo con el sueldo de 2.000 pesetas anuales, en el Negociado de Construcciones Civiles, nuestro apreciable amigo y distinguido escritor, don Ramón del Valle-Inclán"<sup>6</sup>.

Y a finales de este mismo mes, nada más salir *Femeninas* de las prensas, la Diputación de Pontevedra compra ejemplares de su libro<sup>7</sup> y muy poco después inicia el viaje: "En el tren mixto de esta mañana salió para Madrid el ilustrado escritor don Ramón del Valle-Inclán"<sup>8</sup>.

Nada más instalarse en Madrid comienza una campaña de promoción de su obra, enviando su libro a críticos y escritores de renombre como Clarín, Delorme, Pardo Bazán, Alonso y Orera,... y al tribuno carlista Vázquez de Mella: "Al elocuentísimo orador



Retrato de Valle-Inclán, Pontevedra 1895

<sup>4</sup> "Apuntes noticieros", *Diario de Pontevedra* (Pontevedra, 17-VII-1894): "Se está imprimiendo una notable obra titulada *Femeninas* de nuestro estimado amigo el distinguido literato pontevedrés don Ramón del Valle-Inclán".

<sup>5</sup> Ejemplar en el Museo Valle-Inclán, Pobra do Caramiñal.

<sup>6</sup> *Diario de Pontevedra*, *Pontevedra* y *La correspondencia gallega*, Pontevedra, 23-III.1895.

<sup>7</sup> "Se ha dado lectura a otros dictámenes proponiendo la adquisición de libros nuevos [...] tales como [...] *Femeninas*, por d. Ramón del Valle-Inclán" (*Diario de Pontevedra*, Pontevedra, 3-IV-1895).

<sup>8</sup> *Diario de Pontevedra* y *La correspondencia gallega*, Pontevedra (15-IV-1895).

y notable literato Juan Vázquez de Mella en prenda de amistad y admiración R. del Valle-Inclán<sup>9</sup> dedicatoria que plantea la pregunta, aún sin respuesta, de su afinidad con el carlismo en estos años.

Apenas lleva un mes en la capital cuando a finales de mayo el doctor Carracido lo presenta en una velada en el Centro gallego, acto recogido en reseñas de prensa que amén de calificarlo de “eximio escritor” comienzan a tejer su leyenda con afirmaciones como que regresaba tras “larga ausencia en América”<sup>10</sup>. Aunque su libro no atrajo gran atención debe resaltarse que la crítica literaria no se practicaba en la gran mayoría de periódicos y revistas; solamente algunas firmas se ocupaban de ello, y en las publicaciones importantes sueltos como “Libros recibidos”, “Bibliografía”, etc. eran de pago, o de favor por mediación de amigos y conocidos, como indicaba Antonio Palomero: “Pues de *Femeninas* no ha hablado la crítica oficial, ni siquiera la crítica de gacetilla, a pesar de haber recibido los dos ejemplares correspondientes. Hemos hablado los que gustamos de dar cuenta al público de todo lo que nos parece digno de sus favores”<sup>11</sup> pero dado que este tema cae fuera de este trabajo solamente anotamos la advertencia que años más tarde, en 1906, el editor Francisco Beltrán daba nada menos que a Rubén Darío: “Los grandes periódicos no hablan de los libros más que a tanto la línea, como el que anuncia una droga para evitar la caída del pelo, pero los redactores pueden decir de ellos todo lo que quieran, es decir, que no les está prohibido hacer artículos ni escribir. Usted juzgará la atención que le guardan sus amigos de por acá”<sup>12</sup>.

<sup>9</sup> Carta a Clarín el 9-V-1895 en Gamallo Fierros, “Aportaciones al estudio de Valle-Inclán” (*Revista de Occidente*, Madrid, 2ª época, año IV, nº 44-45, XI-XII-1966); “Al insigne autor de los Aborígenes de América” ejemplar en colección particular; Delorme es autor de *Aborígenes de América: disquisiciones acerca del asiento...*, Madrid, Lib. de Fernando Fe, 1894; “A la ilustre autora de Los pazos de Ulloa en prenda de admiración Ramón del Valle-Inclán Madrid 19-IV-95” en un ejemplar en la Biblioteca de la Real Academia Gallega; el dedicado a Vázquez de Mella en colección particular; Alonso y Orera le dedicará una serie de artículos en *El globo* (Madrid, 6, 27 y 30-VI-1895).

<sup>10</sup> “Noticias”, *El liberal* (Madrid, 25-V-1895); *El globo* (Madrid, 25 y 26-V-1895); *El día* (Madrid, 26-V-1895); *La correspondencia de España* (27-V-1895).

<sup>11</sup> *Gil Blas* (Madrid, año II, nº 50, 9-VIII-1895, p. 4). Posteriormente reproducido en *El país* (Madrid, 17-VIII-1895), *La unión republicana* (Pontevedra, 21-VIII-1895) y recogido en el volumen *Trabajos forzados*, Madrid, 1898.

<sup>12</sup> Alvarez, Dictino, *Cartas de Rubén Darío*, 1963, p. 129.

<sup>13</sup> “Bibliografía”, *La gran vía* (Madrid, 26-V-1895); Catarineau, R., “La vida literaria”, *La pecera* (Madrid, 1-VI-1895); “Bibliografía”, *Blanco y negro* (*idem*).

Situada en su contexto, la mencionada afirmación de Palomero es parcialmente cierta pues el autor obtuvo una atención escasa pero inusual: entre mayo y julio el diario *El país* reproduce el artículo de Torcuato Ulloa sobre *Femeninas*, poco después reseñas en las revistas *Gran vía* y *Blanco y negro*; Catarineau lo alaba en *La pecera*, Gil Parrado, seudónimo de Antonio Palomero, en *Gil Blas*, revista que reproduce su retrato en la cubierta, los antes mencionados artículos de Alonso y Orera...<sup>13</sup>. No hay modo de explicar esta serie de acontecimientos atribuyéndolos a la pura casualidad, sino a la decidida voluntad de darse a conocer como escritor.

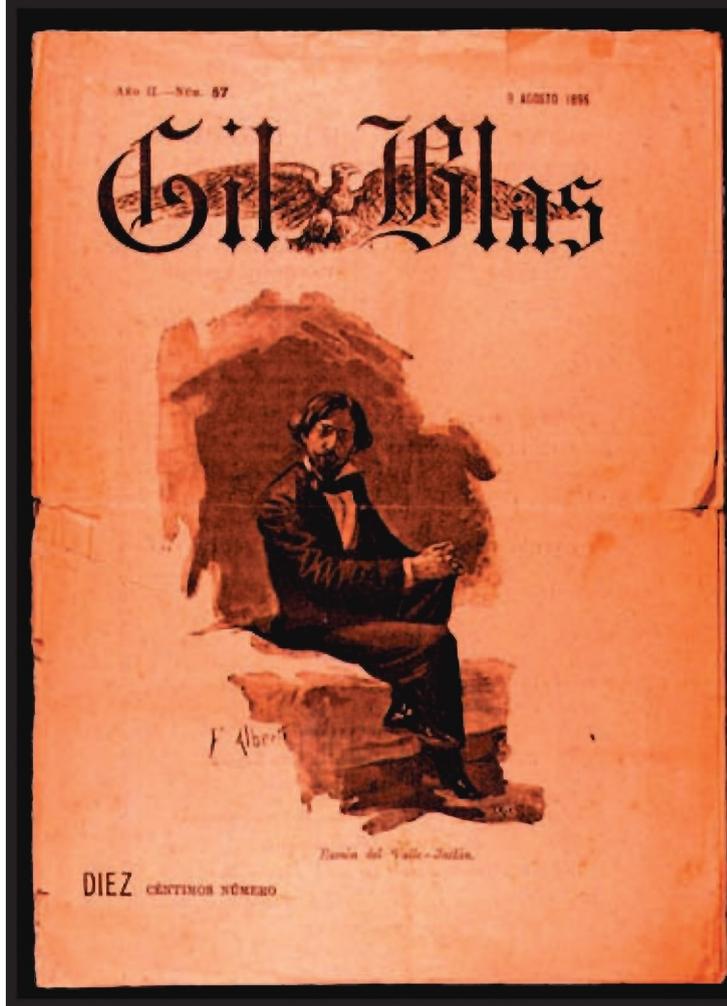
La contradicción entre los hechos y varias declaraciones posteriores de don Ramón es llamativa: “Yo nunca experimenté ese irresistible amor, esa vocación de los predestinados al cultivo de las letras”; “-¿Tendrá usted gran afición a la literatura? -No, señor. Ni antes ni ahora”; “;Si yo despreciaba la literatura con todo el vigor de mi espíritu!”<sup>14</sup>.

Si su manera de hacer literatura fue apreciada por pocos, su aspecto causó sensación en la capital. Antonio Palomero, del que fue muy amigo, lo retrata así a poco de que llegase a Madrid: “[...] un tipo completamente extraño, cuya figura exótica llamaba la atención de las gentes. Llevaba amplio sombrero mejicano, negra y sedosa melena, barba puntiaguda, lentes perfectamente acomodados en una nariz nacida para llevarlos, y un cuello inverosímil, en cuyas grandes puntas parecía descansar aquel semblante mefistofélico [...]”.

Otra descripción también muy temprana es la de Pérez Nieva: “Alto sombrero de pintor, de alas anchas, más propio de un hidalgo del diecisiete que de un naturalista (léase escritor) del diecinueve,

rostro avellanado y pálido, ojos vivos tras de unos lentes inquietos, que amenazan siempre caerse y largos cabellos negros, tan largos que le caen hasta los hombros y sobre el cuello de la camisa lindante con el occipucio [...] Tal es el extraño personaje que hace algún tiempo se ve por los paseos, llamando la atención general su continente arcaico e interesante y su mirada aguileña que horada”<sup>15</sup>.

Muy semejante es la descripción de Ricardo Fuente añadiendo los problemas que le causaba: “;De singular heroísmo y firme resignación cristiana ha menester para lucir por los más extraviados rincones de Madrid su exótico y caprichoso tocado! Bien es verdad que él desprecia, con aristocrático desdén de gran señor, el asombro del pacífico burgués, la burlona sonrisa de las mujeres y los agudos dicharachos de la chulapería madrileña” (v. apéndice).



**Gil Blas, Madrid 9 de agosto de 1895.**

<sup>14</sup> Valle-Inclán, J. y J. del, *Entrevistas, conferencias y cartas*, 1994, p. 133, 144, 184.

<sup>15</sup> Pérez Nieva, A., “Gaceta de Madrid”, *La dinastía* (Barcelona, 3-VI-1895).

Muchos otros testimonios coinciden en el aspecto llamativo de don Ramón y en su costumbre de usar enormes cuellos de camisa, muy probablemente para disimular, junto con la barba, las cicatrices producidas por la escrófula que había padecido en su adolescencia, cicatrices que pueden percibirse en una fotografía tomada alrededor de 1888.

El Madrid de 1895 era una ciudad extremadamente ruidosa, el asfalto no se empleó hasta después de la boda de Alfonso XIII, siendo el pavimento de adoquines, recuerda Ruiz Albéniz: “El choque con la piedra de las herraduras de las bestias de tiro y carga, y el rozar de los rodajes, provistos de chapa de hierro y carentes de ballestajes flexibles, ocasionaba tremendo estrépito, de todo punto inevitable y de efectos acústicos irresistibles. Los madrileños que vivieron aquellos años y hoy leen estas páginas, seguramente no habrán podido olvidar el fragor de los volquetes que llevaban materiales a las obras en construcción, o trasladaban escombros [...] el trepidar de coches y tranvías, cargados con las gentes que salían del teatro [...] las frecuentes palmadas y estentóreas llamadas a «Pepeeee» o a «Francisoooo», serenos dotados de magníficas facultades pulmonares a juzgar por los horriblos estampidos de sus réplicas. «¡Voy allaaaa!» [...] el primer pregón de los infinitos que solían producirse y caracterizaban al Madrid sonoro: «¡La cañamona...¡tostaítos!» [...] «¡La churrera, calentitos!» [...] Luego el pregón de los primeros diarios matutinos *El liberal*, *El país*...”<sup>16</sup>.

Y no muy higiénica. Azorín se muestra horrorizado: “Viendo Madrid se ve la España empobrecida del siglo XIX, la nación que no se muda la camisa los domingos [...] las aceras de sus calles están rotas, a pedazos, con hoyos donde el transeúnte pelagra a cada paso [...] las bocas de riego están situadas en el centro de dichas aceras, y claro, pasa uno y mete el pie y se moja, o se cae, que es peor. Las calles, muchas no tienen rótulo [...] Otra cosa, por las noches no salga usted de su casa después de las doce, pues no parece sino que en llegando a

tales alturas nocturnas sucede aquello del mundo al revés, y las mujeres son las que echan flores a los hombres. Le llaman a uno *prenda*, *rubí*, *simpático* y hasta se permiten tirarle de la capa. (¡Jesús!)

[...] De los establecimientos donde el público se sirve no hablemos; no conozco ciudad donde haya menos comodidad en los comercios y menos confort en los cafés, en las peluquerías, etc... Un detalle, en el café de Fornos, ¡el célebre Fornos!, he encontrado en el servicio aquellas clásicas botellas alargadas que se usan aún en los pueblos, y las no menos clásicas tazas de loza gruesa y basta que todo el mundo conoce. Y esto pasa en Fornos... Ya que hablo de los cafés, diré una cosa: aquí toda la gente de letras que va al café es meritísima; todos son genios, a juzgar por lo que ellos hablan de los demás mortales que no tienen el feo gusto de pasar horas y horas sin hacer nada en una atmósfera apestosa [...] ¿y los edificios oficiales? La Presidencia del Consejo

<sup>16</sup> Ruiz Albéniz, V., *Aquel Madrid...*, 1944, p. 4-6.

es una casa mezquina, y en la propia Puerta del Sol hay un caserón mugriento, destartado, que dicen que es el Ministerio de la Gobernación.”<sup>17</sup>.

Aunque puede parecer exagerado, Isidro Manzanares en el mismo año de 1897, tiene idéntica opinión: “[...] discurrir por calles más o menos céntricas y hallarlas con la misma ridícula nomenclatura, con el mismo defectuoso sistema de numeración, con los mismos constantes depósitos de basuras, con los mismos mal acondicionados y peormente situados hospitales, con el mismo pauperismo africano y hasta con las mismas inmundas piltrafas sociales codeándose por todas partes y a todas horas, ya con la vejez más crapulosa, bien con la niñez más inocente [...] nos olvidamos de que las calles son un estercolero [...] que la mendicidad, la embriaguez y la prostitución más descaradas se enseñorean en ellas; que el número colosal de vendedores ambulantes las tiene convertidas en constante feria y nauseabunda cochiguera [...] que la organización del servicio policial es de lo más detestable [...] que los mercados una inmundicia, hasta los nuevos de los Mostenses y la Cebada [...] que la higiene pública está abandonada, y en consecuencia, la privada a la misma altura [...] Preguntadle a la muchacha del pueblo si se baña, y se avergonzará; si se limpia los dientes, y os arañará [...] Y no hablemos del sexo feo porque eso es la mar con sus *mareas*, sus *mareos* y hasta sus *cangrejos*. [...] Madrid es un individuo vestido de frac y con alpargatas”<sup>18</sup>.

Finalizando agosto de 1895 vuelve a Pontevedra y a pesar de no disponer de otras referencias puede concluirse que la estancia no fue larga<sup>19</sup>. En fecha incierta se instala en la calle de Calvo Asensio, 4 segundo, pero tuvo que ser antes de diciembre de 1895 por la carta a Torcuato Ulloa con esas señas.

Nada puede afirmarse con certeza sobre su alojamiento, un piso entero o un par de habitaciones, si tenía agua corriente o no... Por tradición familiar –fuente que no es evidentemente exacta– Valle-Inclán tenía en una habitación varios recuerdos mejicanos: un sombrero, un látigo y una herradura, pues era una persona supersticiosa. Y aparte de las breves menciones –un cuarto que dice Orts y Ramos– que surgen en este artículo, los demás son testimonios bien harto posteriores, bien literaturizados como Pérez de Ayala en *Troteras y danzaderas* (1913).

En este Madrid “absurdo, brillante y hambriento” Valle-Inclán encontrará buenos amigos en la redacción de *El país*, como Ricardo Fuente y Antonio Palomero, conocerá a los Baroja –particularmente a Ricardo– Gómez Carrillo, Rubén Darío, Tomás Orts, a Cornuty –personaje mucho más importante de lo que muestra la visión de Ricardo Baroja en *Gente del 98*– volverá a encontrarse con Camilo

<sup>17</sup> Martínez Ruiz, J., “Crónica”, *El progreso* (Madrid, 3-X-1897).

<sup>18</sup> Manzanares, I., “Madrid, gran ciudad”, *El progreso* (Madrid, 22-XI-1897).

<sup>19</sup> *La correspondencia gallega* (Pontevedra, 26-VIII-1895): “Han llegado a esta capital los literatos d. Ramón del Valle-Inclán y d. Javier Valcárcel Ocampo”; también en *La correspondencia de España* (Madrid, 1-IX-1895). En carta del tres de diciembre (*Valle-Inclán inédito*, p. 145) felicita a Torcuato Ulloa por su matrimonio y dado que la ceremonia se celebró en Marcón el veinticinco de noviembre – vease “Vigo y la provincia, *Faro de Vigo* (Vigo, 25-XI-1895)– puede concluirse que Valle-Inclán dejó Pontevedra a finales de octubre o antes.

Bargiela al que ya conocía de la universidad compostelana...

Este grupo de amigos no tiene entre sus preocupaciones la de ganarse el pan. Unos por su trabajo, como Fuente redactor de plantilla en *El país*; otros por sus crónicas y trabajos literarios, como Gómez Carrillo o Darío, y otros... por sus enchufes.

Camilo Bargiela había logrado en 1895 un puesto en la administración de Hacienda; Ricardo Baroja también funcionario en el Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, había ganado la oposición en 1894 con un sueldo de 1.500 pesetas anuales. Destinado en varios lugares –Cáceres, Teruel, Segovia- aunque poco estuvo en ellos, era como él mismo indica en *Gente del 98* “un señorito” que al llegar a casa tenía la comida en la mesa<sup>20</sup>.

<sup>20</sup> Baroja, R., *Gente del 98*, 1989, p. 51.

<sup>21</sup> Ruiz Contreras, L., *Memorias de un desmemoriado*, 1946, p. 185. El análisis de sus testimonios- mudables con el tiempo- muestra una gran cantidad de falsedades e inexactitudes, que analizaremos en otro trabajo.

Valle-Inclán no sufrió ninguna penuria; al contrario, su vida era regalada. “Valle-Inclán es un hombre envidiable” -dice Ricardo Fuente- “Tiene buenos y escogidos libros para deleitarse en su lectura; amigos con quienes flanear conversando de comunes ideales y aspiraciones; pasa unas cuantas horas diarias en el café Inglés o en la Cervecería, donde abre la válvula de sus odios y desdenes literarios; escribe libros y artículos sin que le agujeroneen las necesidades del momento, y profesa esa amable filosofía cuya suprema fórmula consiste en soberano encogimiento de hombros”.

Lo de “libros y artículos” es más bien una hipérbole. Aunque se evita conscientemente la bibliografía de la producción valleinclaniana en estos años, es inexcusable sacar conclusiones: en la prensa madrileña en 1895 publica seis artículos, ninguno de ellos nuevo, y ningún libro; en 1896, nada; en 1897 solamente tres breves textos nuevos y *Epitalamio*; en 1898 nada más que un texto nuevo, ... Por ejemplo, años después, cuando se vea forzado a vivir de la pluma, entre 1901 y 1902 publicará más artículos literarios inéditos que en los seis años anteriores. Pero de momento puede permitirse despreciar –sigue Fuente-

a los literatos pro pane lucrando, que manchaban su pluma con la desaliñada y pedestre prosa periodística. Contribuye mucho a esta manera de ser de Valle-Inclán, su exagerada admiración por el dandismo. Si fuese rico, sería dandi. Está enamorado de Brummel, D’Orsay y Lauzun; lee cuanto puede hallar a mano de estos tres elegantes a los que llama genios, y la distinción le parece el ideal de una vida.

Ser raro, reservado, frío, indiferente; pensar de diverso modo que la multitud y no confundirse jamás con ella; saber desdeñar y tener como norma de conducta el lema: originalidad, impertinencia y audacia.

Fuente, junto con Torcuato Ulloa, lo describe como una persona “reservada y fría”, lo que hace incongruente el testimonio de Ruiz Contreras presumiendo en público de una conquista amorosa<sup>21</sup>.

El grupo de amigos discute en los cafés, recorre aquellas “tabernas de Madrid” –recordaba Gómez Carrillo– “donde ya hace mucho tiempo [escribe esto en 1899] comíamos y bebíamos –bebíamos sobre todo– Antonio Palomero, Valle-Inclán, Orts Ramos, Rubén Darío, otros cuantos poetas y yo”<sup>22</sup>. También el nicaragüense hará memoria, mucho después, de aquellas “inenarrables tenidas culinarias, de ambrosías y sobre todo de néctares, con el gran don Ramón María del Valle-Inclán, Palomero, Bueno”<sup>23</sup>. Pero no se confunda esto con la mal llamada “bohemia” de la que Valle-Inclán abominaba: “La bohemia me repugna –díjome [Fernanflor] un día. Rubén Darío y Valle-Inclán que también tratan de ser unos escritores de alma principesca, me han dicho lo mismo muy a menudo. Y se comprende. La bohemia de casi todos, es la liga de los cuellos sucios y las copas de mal vino. La otra bohemia, la mía, la que no representa sino una gran libertad de alma artística dentro de la disciplina severa de la forma, sólo existe en París”<sup>24</sup>.

Y en cafés y tabernáculos lanza la fantasía con que adornó su vida, quizás para construirse un decorado tras el que ocultarse, fantasías que, tomadas en serio por unos, en broma por otros, dieron pie a la leyenda de su biografía. En el madrileño *El globo* lo pintaron así:

De las prensas de Pontevedra ha salido estos días un libro singular, que se titula *Femeninas*, y que contiene seis historias amorosas, vívidas y escritas las más de ellas el calor de la tierra americana. Su autor, Ramón del Valle-Inclán, es un antiguo amigo de los lectores de *El globo*. Ha publicado multitud de cuentos y artículos en estas columnas, y tan vigorosa personalidad, tenía y tiene, que quien una vez le haya leído a buen seguro que no le habrá olvidado. El libro se parece en todo al que lo ha hecho. De sus páginas, desde la primera hasta la última, se desbordan la juventud, la originalidad y la indisciplina. Es un tipo Ramón del Valle. De regreso de América, y después de haberse calafateado en el país natal de Galicia, toma ahora un copioso baño de Madrid, apercibiéndose para emprender en otoño una segunda excursión o incursión a la Nueva España. Por ahí anda, con su cabellera y sus barbas tan luengas como negras, recorriendo a grandes trancos las calles, y fijando en cuanto ve –sobre todo en las mujeres– una mirada de pájaro de presa, a la vez fulminante y distraída. Quien con él topa se para y se vuelve. Nadie sin embargo le tomará por un superviviente de la bohemia romántica de mediados de siglo. En lo que hace pensar su desusada figura, es en aquellos aventureros españoles, tan dejados de la mano de Dios como picajosos e hidalgos, que en compañía de Pizarro y Balboa encontraron pequeño el Nuevo Mundo. Literato consumado, artista de veras, un tanto desequilibrado de juicio, pero cabal del corazón y del entendimiento, tiene el instinto errático de los celtas, sus antecesores, y parece destinado a la emigración continua. Cinco o seis años ha, estuvo a punto de tomar el hábito en una trapa o cartuja que había entonces, y no sabemos si hay ahora, en las cercanías de Valverde. Dio de pronto una zambullida, y fue a resurgir en la orilla del golfo mexicano. Ya en la tierra de Montezuma [sic] y Juárez, dirigió un periódico, se baleó con cuantos le invitaron a ello, trató amigablemente lo mismo con los contrabandistas

<sup>22</sup> Gómez Carrillo, E., “París: día por día”, *La vida literaria* (Madrid, nº 21, 1-VI-1899, p. 341).

<sup>23</sup> Darío, R., “La vida de Rubén Darío contada por él mismo”, *Caras y caretas* (Buenos Aires, XV, nº 737, 16-XI-1912).

<sup>24</sup> Gómez Carrillo, E., “En casa de Fernanflor”, *La vida literaria* (Madrid, nº 18, 11-V-1899, p. 291).

de Texas que con los tramperos e indios de la Sonora [sic], y puso remate a sus estudios locales metiéndose de hoz y coque en una revuelta, armada contra la reelección de Porfirio Díaz. No le fusilaron en su calidad de extranjero, pero fue, como no podía menos de ser, expulsado del territorio. Recorrió luego el Yucatán, detúvose algún tiempo en Santo Domingo con ánimo de establecer una lotería española, buscó en seguida el contraste intelectual de París, y derengado, exhausto, molido a consecuencia de ajeteo tamaño, vino por último a descansar un poco en las márgenes de la ría de Arosa, donde radica el noble solar de sus abuelos. A la vez que descansaba escribía el resumen de sus impresiones. De ese resumen, hecho por un admirable colorista, cuyo dominio de la paleta, a fuerza de grande, no se para en barras ni escrúpulos; de ese libro, lleno de petulancia juvenil y preñado de cosas excesivas pero sinceras [...]”<sup>25</sup>.

Ni había estado en París, ni monje trapense, ni lotería en Santo Domingo, ni nada es verdad excepto su estancia en México. Pero era él mismo quien propalaba esas fantasías, algunas de ellas recurrentes en su imaginario. Gómez Carrillo narra en 1899:

En el Lyon d’Or. Mientras Benavente, en un extremo de la mesa, sonríe con su sonrisa helada y hermética, alejado de todo y de todos, acariciando una visión lejana, Valle-Inclán, en el otro extremo, gesticula, palpita, se mueve y se conmueve; dice lo que piensa y lo que no piensa; habla de Zorrilla y de Rueda, de Anatole France y de Virgilio; recuerda sus efímeras glorias de actor, sus aventuras de coronel mejicano, sus heroísmos de polemista, habla, habla, habla....

-En Oaxaca –dice- me llevaron a la prevención tomándome por loco y me hicieron pasar la noche en el patio. ¡Qué noche! Fue tan larga que logré arreglar dos frases enteras para un cuento que preparaba entonces... Y tenía sueño... Tanto sueño tenía que al amanecer, cuando los guardias llevaron a un asesinado en una camilla, lo primero que hice fue tirar al muerto por un pie y dormirme en su lugar, bajo el toldillo clemente...

<sup>25</sup> “Impresiones de Tierra caliente”, *El globo* (Madrid, 23-IV-1895). Aunque la introducción biográfica no lleva firma, el autor sería Eduardo Vicenti si se acepta la afirmación de Ricardo Fuente.

Luego hablamos de nuestras habitaciones. Más o menos, todos hemos vivido mal, en piezas húmedas y frías.

-Nadie como yo –dice el autor de *Femininas*, levantando los brazos con ademán principesco- nadie. Porque figúrense ustedes que al volver de América lo único que me quedaba era una torre en un pueblo de Galicia, una torre desmantelada, a mitad campanario y a mitad pozo artesiano. Pero era mi torre y allá me fui a vivir. Para que las ratas no me comieran, colgué mi cama en el altísimo techo con cuatro cuerdas que sirvieron tres siglos ha a mi tío José, un noble de ve-ras, para colgar a los lacayos que no sabían limpiarle las botas. Las primeras noches todo fue bien; pero al cabo de una semana, cuando recobré mis plebeyos hábitos de artista y comencé a querer dormir hasta las doce del día, los ratones entrometidos y las dulces palomas se propusieron darme pesadas bromas. Por la noche, los ratones subían por los muros y yo tenía necesidad de permanecer en vela para maullar eternamente y espantarles. De lo contrario hubiéranse comido las cuerdas de mi lecho. Al amanecer eran las palomas las que venían a picotearme las barbas...

Una pausa. Luego, como epílogo para hacer ver la bondad de su alma:

- Empero, un día mi bisabuela, que vive aún y que suele dar banquetes, mandó a dos de sus esclavos a buscar algunas palomas a mi torre. ¡Ah! –les dije después de administrarles un centenar de azotes- ¿Palomas? ¡De ningún modo! Id a decir a mi señora bisabuela que las aves que se refugian noblemente en mi palacio, merecerán siempre mi apoyo y mi protección...

Al fin, con irónica amargura:

- Y a la madrugada siguiente me picaron más fuerte, las plebeyas...

y puede verse un relato muy semejante en una entrevista concedida en 1918<sup>26</sup>.

A su llegada a Madrid encontró la protección de Manuel del Palacio, a quien probablemente había conocido en sus veraneos en Pontevedra y a una de sus hijas, María, le dedicó una hoja en su álbum<sup>27</sup>. Otro de sus protectores, con el que mantendría una larga amistad, fue Armando Palacio Valdés<sup>28</sup>. Poco hay de verdad en su nota de *Sonata de primavera* (1904): “Solo, altivo y pobre, he llegado a la literatura sin enviar mis libros a esos que llaman críticos [...]”, ex-ceptuando el adjetivo “altivo”.

No se tome al Valle-Inclán de estos años por un marginado de la vida social que solamente tiene sitio en cafés y redacciones de prensa. Se le encuentra en enero de 1896, junto con Salvador Rueda, López Castillo, Ricardo Fuente y otros, en la boda del escritor venezolano Miguel Eduardo Pardo, y en 1898 está entre los invitados por el Ministro de la República de Bolivia en Madrid, don Moisés Ascarunz<sup>29</sup>.

Volviendo a 1896 sorprende un suelto en la prensa: “Nuestro querido amigo, el notable escritor don Ramón del Valle-Inclán, saldrá muy en breve para Méjico, en donde se propone continuar sus tareas periodísticas y literarias. Feliz viaje, y que coseche nuestro querido amigo tantos laureles y tantas pesetas como le deseamos”<sup>30</sup>, información difícil de valorar sin más apoyos; cabe que fantasease con volver a México pero también que sea una broma de sus amigos en el diario *El país*. Cuando toda la redacción fue encarcelada en la Modelo en febrero de 1896, Valle-Inclán, entre muchos otros fue al menos dos veces a visitarlos en la cárcel<sup>31</sup>.

Sin embargo lo más interesante es el anuncio en 1897 de una zarzuela escrita a medias con Camilo Bargiela: “Nuestros estimados amigos los señores don Ramón del Valle y don Camilo Bargiela que aun no hace muchos años compartían con nosotros las tareas de estudios [...] van a publicar una zarzuela basada en asuntos regionales y que se estrenará pronto en el teatro de Maravi-

<sup>26</sup> Gómez carrillo, E., “Día por día”, *La vida literaria* (Madrid, nº 16, 27-IV-1899, p. 258). ;v. *Entrevistas, conferencias y cartas* (p. 184-185).

<sup>27</sup> Landín, P., *De mi viejo carnet*, 1984, p. 61-63 indica que a la tertulia de Manuel del Palacio “eran contentulios asiduos d. Ramón del Valle-Inclán y Portela Valladares”; el texto titulado “María del Palacio (Miniatura)” en *OC*, 2001, II. p. 1817.

<sup>28</sup> Clarín, “Paliqne”, *Madrid cómico* (Madrid, 25-IX-1897, p. 315): “[...] Según mis noticias, Valle-Inclán, aunque nuevo, es listo y ha leído. Me lo ha dicho persona de tanta autoridad y tan malas pulgas críticas como el autor de *Maximina* y *La fe*, Armando Palacio”.

<sup>29</sup> “Noticias”, *El país* (Madrid, 13-I-1896). Miguel Eduardo Pardo (1868-1905) publicó en *El cojo ilustrado* –revista de Caracas, no de Bogotá como disparata Serrano Alonso, J., *Bibliografía general de Ramón del Valle-Inclán*, 1995, p. 35 por no haberla visto nunca- sus impresiones de su estancia en España, bajo el título de “Madrileña” al menos durante 1894; “Un almuerzo” (*La época*, Madrid, 20-XII-1898).

<sup>30</sup> *El país* (Madrid, 17-I-1896).

<sup>31</sup> “Visitas a los presos”, *El país* (Madrid, 20-II y 13-III-1896).



### Camilo Bargiela

<sup>32</sup> “Noticias de Galicia”, *Gaceta de Galicia* (Santiago, 14-VII-1896); similar en *Faro de Vigo* (Vigo, 17-VII-1896); “Dentro de poco se estrenará en el madrileño teatro Maravillas una zarzuela basada en asuntos regionales, de marcado sabor gallego, de la que son autores don Ramón del Valle-Inclán y el tudense don Camilo Bargiela. Se titula *Los molinos del Sarela*”; poco más tarde en *El globo* (Madrid, 21-VII): “Los escritores gallegos don Ramón del Valle-Inclán y don Camilo Bargiela han terminado una obra, cuya acción se desarrolla en Galicia, titulada *Los molinos del Sarela*. Esta se estrenará en Maravillas”.

<sup>33</sup> “Noticias”, *El país* (Madrid, 24-VII-1896); también *El globo* (ídem): “Se nos dice que los señores Valle-Inclán y López Castilla se encuentran heridos, aunque, afortunadamente no de gravedad”; también “Lances”, *El imparcial* (Madrid, 25-VII-1896). A pesar de los errores de la prensa se llamaba José López del Castillo, granadino, que publicó con el seudónimo de Aben-Humeya.

<sup>34</sup> Armiñán, L. de, *El duelo en mi tiempo*, Madrid, 1950, p. 144.

llas de Madrid. Se titulará la obra *Los molinos del Sarela* y tendrá marcado sabor gallego<sup>32</sup>. Aunque nada más se conoce de esta obra, que no llegó a estrenarse, da un claro indicio del interés que tenía por el llamado “género chico” que tanta impronta tendría posteriormente en sus esperpentos.

Muy poco después tiene su primer duelo en Madrid; se bate a sable con Julio López del Castillo, periodista y escritor: “Examinando unos sables los señores don Julio López Castilla y don Ramón del Valle-Inclán, al anocheecer de ayer y en la quinta de Sabater, ambos señores tuvieron la desgracia de herirse levemente, uno en el brazo y otro en el costado<sup>33</sup>. La noticia comienza con el frecuente eufemismo –“Examinando unos sables”– para evitar denominarlo duelo o desafío, pero la mención de la “quinta de Sabater”, donde se resolvían la mayoría de las cuestiones de honor, no deja lugar a

dudas. Aunque muy posterior Armiñán relata que “el 23 de julio de 1896 se baten a sable Julio López del Castillo y don Ramón del Valle-Inclán. Heridos ambos. El que ya era un brillante escritor [...] se batió con juvenil soltura. Se hirieron ambos en un golpe doble. Yo me encontré en el Ateneo a Valle-Inclán, y al felicitarle, con su lengua chapucera [sic] me contestó: «Amigo mío, las armas no hay duda que tonifican»<sup>34</sup>.

Aunque rasgo anticuado, el duelo estaba muy presente entre militares y periodistas, las llamadas “Cuestiones personales” de las que la prensa no se recataba de informar, por ejemplo: “Por la mañana y por la tarde realizaron ayer un asalto de armas a sable de combate y pistola, los señores Hidalgo Saavedra (hijo), París, Cadena y

Useria, redactores de *La nación*, con los señores Riquelme, Fuente, Ruiz Morales y Ruanova de *El país*". Traemos a colación este caso, no sólo por ser muy famoso en su tiempo, sino por la singularidad de que se batiesen las redacciones de dos periódicos. Y, por citar solamente nombres respetados en su época, Leopoldo Alas, "Clarín", le mandó los padrinos a Manuel del Palacio; Emilio Bobadilla, "Fray candil", a Clarín; Rafael Gasset, el director de *El imparcial*, se bate a espada francesa con el conde de Xiquena; Alejandro Lerroux con Dionisio de las Heras, Ramiro de Maeztu con Adolfo Rodrigo...<sup>35</sup>.

Desde joven había mostrado un gran interés en la esgrima que había aprendido con Attilio Pontanari dando juntos algunas exhibiciones<sup>36</sup> y gustaba de presumir en público de sus habilidades. Alejandro Lerroux lo pinta de esta manera: "Valle-Inclán encontró pronto la plantilla [se refiere a *El país*] de su vocación. Recién llegado de sus aventuras mexicanas, llenaba la redacción con la pompa de sus relatos fantásticos, de sus novelas de amor, de sus correrías por las rutas de los conquistadores, de sus desafíos; sobre todo de sus desafíos. Había ensartado a no sabía cuántos con una estocada misteriosa que le había enseñado confidencialmente un condottiero italiano. Era infalible. La llamaba la estocada de la noche y para enseñárnosla convertía el salón de la redacción en una sala de armas. Ponía en la oposición a Ricardo Fuente con un bastón en la mano. Colocados los dos en guardia, chocaban los aceros, vamos al decir, mas como se suponía que el lance era de noche, al provocar Valle-Inclán una estocada a fondo de Ricardo, Valle se tiraba de pechos al suelo, elevaba el brazo armado, el adversario hería en el vacío, pero al impulso del ataque se clavaba en la espada traicionera, recibiendo así la estocada de la noche. Ricardo Fuente desesperaba a Valle-Inclán porque no se dejaba ensartar en su bastón con la estocada de la noche, sino que, al contrario, cuando Valle-Inclán se arrojaba al suelo, Ricardo, afectando figura de san Jorge matando la araña, ponía un pie sobre el hombro de su adversario y hacía como si le clavase por la espalda con su seudo-espada contra el suelo. ¡Válame Dios y qué palabrotas las del exquisito autor de la *Sonata de otoño!*"<sup>37</sup>.

Lengua afilada y opiniones literarias que no dejan títere con cabeza serán también una de sus características para asombro de Fuente: "Un cónclave de cardenales que oyese blasfemar a Satanás no quedaría tan admirado y estupefacto como cualquier amante de las letras al oír a Valle sus heréticos atrevimientos. Genios que tuvieron a los siglos por voceros y turiferarios de su fama, son juzgados por Valle-Inclán con el más hipérbolico desprecio". Pero no solamente él, sino la llamada "gente nueva", fueron conocidos por su desprecio de las figuras literarias canónicas. Tanto así que hasta la revista *Don Quijote*, favorable a los

<sup>35</sup> *El globo* (Madrid, 16-IX-1895) *Madrid cómico* (Madrid, 5-X-1889, p. 3 y 6); *idem*, 27-II-1892; *El liberal* (Madrid, 20-VII-1896); *El país* (Madrid, 17-II-1898); *El imparcial* (Madrid, 18-XI-1899).

<sup>36</sup> Valle-Inclán, J. y J. del, *Exposición don Ramón María del Valle-Inclán (1866-1898)*, Santiago de Compostela, 1998, I, p. 22-23.

<sup>37</sup> Lerroux, A., *Mis memorias*, Madrid, 1963, p. 191. Véase también Ricardo Baroja, *Gente del 98* (p.63-64).

modernistas y en la que don Ramón había publicado, les dedica una sátira: el anónimo “Quiero ser modernista”, ambientado en “el interior de la redacción del semanario decadente *Nuevos Gérmenes*. Periódicos colgados, entre los que ocupan lugar escogido *Savia*, *Libélulas* y *Horizontes*”; al aspirante a entrar en la redacción se le pide su valoración de diversas figuras literarias:

Usted opinará con nosotros que Víctor Hugo es un majadero, un sublime congrio, que retrasó el buen gusto literario en Francia más de un siglo. Del mismo modo estará usted conforme con nosotros en que los dramas del ogro romántico los escribiría un campanero de Nuestra Señora de París y preferirá usted mil veces las poesías de Mallarmé a los poemas del autor de *Los miserables*.

-Desde luego.

-Por supuesto usted no habrá tenido el mal gusto de leer a nuestros clásicos: Lope de Vega es un Jackson de la época, Rojas un infame autor cómico, Calderón un latero imposible...<sup>38</sup>.

Esa va a ser la imagen pública, pero en la correspondencia con Torcuato Ulloa aparece una figura diferente: “[...] Hace un mes que no salgo de casa. Trabajando sin descanso, enfebrecido como no lo estuve jamás [...] ¿Sabe usted como

lapidaba antes? Pues he añadido unas faceta más. Ya no tolero oraciones construidas de igual modo; ni preposiciones iguales en oraciones próximas [...]”; no sólo libros sino también el proyecto de una revista para la cual no ha “vacilado en tomar a préstamo unos duros”<sup>39</sup>.

<sup>38</sup> “Quiero ser modernista”, *Don Quijote* (Madrid, XI, nº 33, 22-VIII-1902, p. 4).

<sup>39</sup> *Valle-Inclán inédito*, 2008, p. 146, 150-152.

<sup>40</sup> Bargiela, C., *La vida literaria* (Madrid, nº 10, 11-III, p. 167; nº 12, 25-III, p. 200 y nº 19, 13-V-1899, p. 198).

La revista no logró llevarla a cabo pero por lo expuesto se esfuerza, y mucho, aunque publique muy poco. Probablemente haya más de una causa: en el plano editorial se halla forzado a sufragarse los gastos de edición de un volumen, que solamente dará pérdidas económicas; en las publicaciones periódicas la censura, la obligación

de adaptar el texto al espacio concedido, y además la profusión de erratas que debía ser insufrible para un dandi del estilo, para un refinado literato que mide y aquilata cada palabra. A lo anterior cabe añadir la pereza o la incapacidad del autor de dar forma a sus trabajos. Sin embargo resulta chocante su actitud con publicaciones muy favorables como la revista *La vida literaria*, dirigida por su amigo Jacinto Benavente, en la que solamente publica dos textos breves –“Tierra caliente (Impresión)” y “La reina de Dalicam”- frente a autores mucho menos reputados, por ejemplo, Camilo Bargiela que publica tres<sup>40</sup>. Y ninguna revista excepto *La vida literaria* le dio el bombo de publicar dos magníficas caricaturas suyas.

El antes mencionado Bargiela o Azorín mencionan también el criterio de evitar la repetición de preposiciones: “-¡Cuatro preposiciones de ablativo seguidas! Grita leyendo un artículo del *Heraldo*- Las estatuas de piedra de los reyes de la

plaza de Oriente... ¡Qué escándalo! ¡Horroroso!"<sup>41</sup>.

Aparentemente estuvo en el verano de 1896 en Incio, Lugo, pero es sólo una nota de prensa que le encargó a Torcuato Ulloa debido a "un enredoso y femenino negocio, muy largo de contar, me conviene aparecer ausente de Madrid. ¿Podría Vd. publicar en un periódico de Galicia –cualquiera que él sea- esta noticia u otra semejante- «Hállase en las aguas de Incio [...]»". Ulloa se portó con el encargo:

Hállase en las aguas del Incio el distinguido escritor hijo de esta provincia d. Ramón del Valle-Inclán, que necesitaba reponer su salud un tanto quebrantada. Es de suponer que no tardemos mucho en tener el gusto de verle por esta capital.

Con referencia a trabajos de este escritor nos han dicho que será fácil que a principios de otoño publique una novela titulada *Candor* que tiene ya casi terminada, y más adelante un nuevo libro de cuentos, trabajo que hay que esperar con impaciencia puesto que son del mismo autor de las notables *Femeninas*<sup>42</sup>.

Especular con estos datos no lleva a ninguna parte. ¿Por qué un diario cualquiera? Es difícil que toda la prensa gallega fuese leída en Madrid siendo más lógico hacer publicar una nota así en un diario de la capital; por el contrario, si la nota estaba destinada a ser leída en Galicia tampoco tiene sentido un diario cualquiera. Los únicos autores que mantienen un amorío de Valle-Inclán en estos años son Ruiz Contreras, muy poco fiable, y Cansino Assens que peca de lo mismo<sup>43</sup>.

Valle-Inclán sigue con su vida de cafés y tertulias, en el café Inglés y en casa de Ruiz Contreras: "[...] Valle-Inclán se pone furioso y dice que Paul Louis Courier es un melón, y que Balzac es otra hortaliza por el estilo y entonces Fuente descuelga de una panoplia un trabuco y le fusila simbólicamente. Porque esto pasa en los miércoles de Ruiz Contreras, reuniones bohemias en las que se habla de todo"<sup>44</sup>.

En marzo de 1897 sale a la luz *Epitalamio*, su segundo libro, obteniendo más atención y mayor crédito que *Femeninas*. Zeda –seudónimo de Francisco Fernández Villegas- aunque admitiendo su disgusto por la literatura erótica considera que es la "obra de un verdadero poeta", Navarro Ledesma sin tomar posición declara que es "positivamente raro", Benavente –para algo están los amigos- lo alaba... solamente Clarín se espanta y fulmina la obra en uno de sus "Paliques". Valle-Inclán se tragó el orgullo enviando una carta



Portada de la primera edición de *Epitalamio*, Madrid, 1897.

<sup>41</sup> Martínez Ruiz, J., *Charivari*, 1897, p. 42.; Bargiela, C., "Modernistas y anticuados" *Luciernagas*, Madrid, 1900, p. xxii: "Valle-Inclán, descendiente artístico de Bocaccio o el Aretino, que con santo horror al elemento céltico de la lengua, declara la guerra a las preposiciones".

<sup>42</sup> Valle-Inclán *inédito*, p. 146 y "Valle-Inclán", *La opinión* (Pon-tevedra, 26-VIII-1896).

<sup>43</sup> Para Ruiz Contreras v. nota 21; Cansinos Assens, R., *La novela de un literato*, 1995, III, p. 61: "[...] este Carracido es el de la conocida anécdota de Valle-Inclán, al que como gallego brindó hospitalidad en su casa cuando llegó desconocido a Madrid, recibiendo como pago del bohemio unos cuernos publicados por todo Madrid".

<sup>44</sup> *Charivari*, p. 41-42.

al feroz crítico en la que acepta el palmetazo; Clarín por su parte le contestará mucho más amable a través del *Heraldo de Madrid* y de nuevo el joven autor

<sup>45</sup> La edición lleva la fecha del 7 de marzo; lo confirma Martínez Ruiz, J., "Crónica", *El motín* (Madrid, 20-III-1897): "[...] *Epitalamio*, publicado estos días [...]"; idéntico en *Charivari*, p. 40-42; Zeda, "Autores y libros", *La época* (Madrid, 3-IV-1897); F. N. L., "Índice de libros", *El globo* (Madrid, 13-IV-1897); Clarín, "Palique", *Madrid Cómico*, XVII, nº 762, 25-IX-1897, p. 315) y *Heraldo de Madrid* (Madrid, 9-X-1897). Las cartas entre ambos en Gamallo Fierros, "Aportaciones al estudio de Valle-Inclán".

<sup>46</sup> *Entrevistas, conferencias y cartas*, p. 133.

<sup>47</sup> *Charivari*, p. 50. Años más tarde Azorín varía su testimonio, "La generación de 1898", *La esfera* (Madrid, I, nº 17, 25-IV-1914): "Valle-Inclán ha recorrido las librerías con *Epitalamio*, no ha colocado más que cuatro o seis ejemplares. Genialmente, con altivez magnífica, Valle-Inclán abre la ventana del café y lanza su librito a la calle"; finalmente -efectos del tiempo- en Jorge Campos, *Conversaciones con Azorín*, 1964, p. 52: "Me cuenta lo de Valle-Inclán, con *Féminas* [sic], que sólo vendió dos o tres después de recorrer las librerías, y terminó sentándose en un café y tirando el libro por la ventana".

<sup>48</sup> *Valle-Inclán inédito*, p. 147; Gago Rodó, A., "Valle-Inclán y su obra a la luz de nuevas cartas", separata de *Voz y letra*, VI /2, 1995, p. 57.

<sup>49</sup> El fundador del diario, Antonio Sánchez Pérez, "Correspondencia particular", *La ilustración española y americana* (XLVIII, nº xxxvii, Madrid, 8-X-1904, p. 206) dice: "El tío Paco, diario satírico de vida muy corta, pues vivió sólo dos meses, por razones y por causas cuya exposición no es de este lugar, habrían colaborado Manuel Bueno, Valle-Inclán, Maeztu, Zamacois". En la colección consultada en la Hemeroteca municipal de Madrid no aparece la firma de don Ramón, aunque sí las de Bueno, Zamacois o Alonso y Orera.

se inclina en otra misiva<sup>45</sup>. Años después cambiará totalmente el incidente declarando que *Epitalamio* "mereció de Clarín una crítica encomiástica y benévola"<sup>46</sup>.

Siguiendo a Azorín "Valle ha llevado su obra a varios librerías, a ver los ejemplares que le tomaban, a mitad de precio. Fe le ha tomado dos, y en otras dos librerías, tres: total ¡cinco!

He cogido el ejemplar que llevaba de muestra -dice Valle- y lo he tirado en medio del arroyo... regalo la edición"<sup>47</sup>.

Pero los hechos desmienten tal afirmación, pues a través de las dos cartas entre Valle-Inclán y el librero Fernando Fe no cabe duda de que depositó en esa casa buena parte de la tirada, sino toda, aunque ignoramos en qué condiciones:

Mi distinguido amigo: Antes de irme de veraneo -como todos los años— deseaba arreglar definitivamente nuestra cuentecilla.

Vamos a ver. ¿Por qué [sic] Vd. no se queda con los doscientos ejemplares de *Epitalamio* en treinta y cinco durejos. (están al cincuenta por cien, y hago una rebaja de veinticinco pesetas). Saquémonos esa cuentecilla de encima. ¿Le parece? En espera de sus órdenes se repite de Vd. afmo y s.s. q. b. s. m.

Ramón del Valle-Inclán

s/c. Calvo Asensio 4 portal—derecha

Aunque no lleva fecha, la irónica mención del "veraneo" la situaría en la primavera de 1898<sup>48</sup>. Además *Epitalamio* se anuncia desde el dos al ocho de agosto en *El tío Paco*, diario satírico, republicano, con feroces ataques al carlismo. Aun desconociendo si la publicidad fue pagada o de favor mediante alguno de sus colaboradores como Manuel Bueno, evidencia una clara voluntad de vender la edición<sup>49</sup>.

Que don Ramón tuviese un gesto teatral, una pose de escritor "maldito" con un ejemplar del libro, o que se esparciese esa anécdota en los corrillos literarios, es plausible, pero los hechos indican lo contrario.

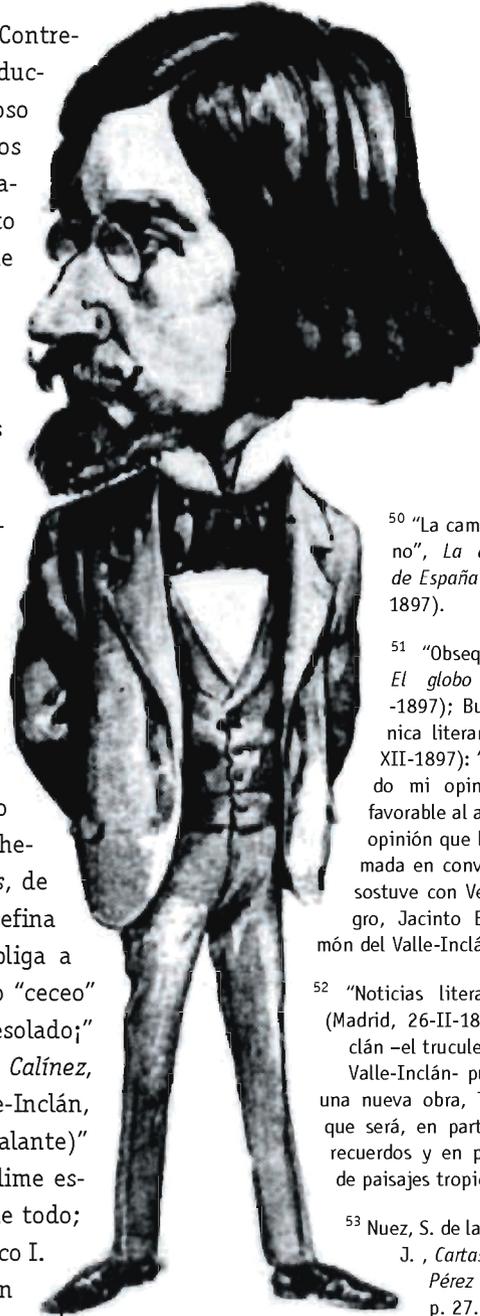
La misma confusión existe con la pretendida traducción de *La condesa Romaní*, original de Dumas hijo, que le atribuye Ruiz Contreras, pero es altamente dudoso cuando no falso. En el repertorio de la compañía de María Tubau se anuncia "[...] La

condesa Romaní, traducida por Luis Ruiz Contreras<sup>50</sup> y en otra prensa sin mención del traductor. Tras el estreno en octubre -un estrepitoso fracaso- sale la especie de que eran dos los traductores, Luciano Salvador y Ramón Vallerdar, pero es más apropiado tratar este asunto en un futuro análisis de los testimonios de Ruiz Contreras.

Por cierto que en la compañía de María Tubau trabajaba con bastante éxito una joven actriz, Josefina Blanco, que años después sería su esposa.

A finales de año asiste a un homenaje a Clarín -a decir de Manuel Bueno, Valle-Inclán sentía admiración por él- y un diario señala su presencia "tan original en su *tenue* como en su estilo"<sup>51</sup>.

En 1898, a pesar de anunciar su nueva obra, *Tierra caliente*<sup>52</sup>, Valle-Inclán, tras pedir ayuda a Pérez Galdós<sup>53</sup>, debuta como actor el siete de noviembre en un papel hecho a su medida en *La comida de las fieras*, de Benavente, obra en la que coincide con Josefina Blanco. Obtiene un gran éxito lo que obliga a poner bajo sospecha el tan traído y llevado "ceceo" de don Ramón. Una de sus frases "¡Estoy desolado;" atraía a la gente por como la declamaba; *Calínez*, publicación satírica que despellejaba a Valle-Inclán, presenta a "Vallecito (joven decadente y galante)" con parlamentos como: "[...] En aquel sublime estallar de las neurosis intelectuales se pierde todo; hasta lo que sacó incólume en Pavía Francisco I. Estoy desolado, pero también sé decir buen provecho en catorce idiomas y volviendo la cara, como los espadas decadentistas modernos"; años más tarde volvemos a encontrarla: "Mi adorado Raimundín: ¡Estoy desolada, como Valle-Inclán en *La comida de las fieras!*"<sup>54</sup>.



<sup>50</sup> "La campaña de invierno", *La correspondencia de España* (Madrid, 2-IX-1897).

<sup>51</sup> "Obsequio a Clarín", *El globo* (Madrid, 26-XI-1897); Bueno, M., "Crónica literaria", *idem* (20-XII-1897); "[...] exponiendo mi opinión altamente favorable al autor de Teresa, opinión que luego ví confirmada en conversaciones que sostuve con Verdes Montenegro, Jacinto Benavente, Ramón del Valle-Inclán [...]".

<sup>52</sup> "Noticias literarias", *El país* (Madrid, 26-II-1898): "Valle-Inclán -el truculento y suntuoso Valle-Inclán- publicará pronto una nueva obra, *Tierra caliente*, que será, en parte, un libro de recuerdos y en parte un álbum de paisajes tropicales [...]".

<sup>53</sup> Nuez, S. de la y Schraibman, J., *Cartas del Archivo de Pérez Galdós*, 1967, p. 27.

**Madrid Cómico, Madrid, 11 de diciembre de 1897.**

<sup>54</sup> "Escenas sueltas de nuestros autores dramáticos (De don Jacinto Benavente)", *Calínez* (Madrid, I, nº 6, 21-XII-1898); "Las vírgenes locas", *Don Quijote* (Madrid, XI, nº 1, 31-I-1902, p. 1).

Si era un defecto tan notorio, ¿cómo nadie lo puso de relieve en sus dos apariciones como actor? Y desde luego publicaciones tan mordaces como *Calínez* o *Gedeón* no hubieran dejado pasar la ocasión de colocarle una pulla.

El éxito de la obra se celebró, como no podía ser de otra manera, con un banquete a Benavente donde no faltó don Ramón<sup>55</sup>.

Políticamente los escasos datos son contradictorios; por una parte Ricardo Baroja lo define como "jaimista" pero su testimonio es muy posterior. El más próximo, Ricardo Fuente, lo describe apático:

fuera del arte todo le es extraño y nada comprende o nada afecta comprender [...] Cuando en la redacción de *El país*, que Valle solía visitar con frecuencia, porque en ella contaba con buenos amigos, se discutían acaloradamente los acontecimientos políticos [...] Valle nos miraba trabajar entre asombrado y desdeñoso. ¡No llegaba a comprender el porqué de nuestra exaltación! [...]

-¿Qué os importa a vosotros la República? -decía Valle luego que, terminado el trabajo, descansábamos de sus fatigas con alegre charloteo- ¿Para qué más libertad? ¿Impide la monarquía que haga uno lo que bien le cuadre? Aquí me tenéis a mí, que ni estoy empadronado, ni tengo cédula, ni sé siquiera a que nación pertenezco legalmente, y sin embargo, nadie se mete conmigo ni me incomoda. Comprendo que defendieseis la república si con la monarquía no pudiésemos publicar nuestros libros o nuestros artículos. Cada uno a lo suyo. ¿La república? Que la defiendan los que la necesiten. Si es más barata y mejor que el régimen actual que procuren traerla los comerciantes, los industriales, los que pagan contribución. Esos, sí, pero nosotros que nada tenemos ni tendremos ¿qué nos va en ello?.

Este desprecio de Valle por la política daba origen casi siempre a violentas discusiones.

Algún que otro hecho, como su firma en una carta a Zola felicitándolo por su actitud en el caso Dreyfus, tampoco permiten formar un juicio sobre sus ideas políticas<sup>56</sup>. Únicamente Rubén Darío, en un jugoso retrato, menciona su ideología pero como una pose estética:

[...] deja crecer su cabellera, alarga sus cuellos gladstonianos de manera inverosímil y los acompaña de corbatas fastuosas que servirían de chal a una mujer [...] Cuando se es un artista de tal aristocracia, bien se puede usar un cuello más largo que los demás y una corbata semejante al velo de Tanit.

¡Curioso personaje, curiosa vida de aventuras! Valle-Inclán es de origen gallego; hoy reside en la corte después de haber andado largamente por la mitad del mundo. Ha sido cómico, periodista, fraile trapense, militar mejicano [...] En política es carlista porque d. Carlos es un buen mozo y reside en Venecia<sup>57</sup>.

Al volver a las tablas en enero de 1899 su carrera de actor sufre un severo revés en el estreno de *Los reyes en el destierro*: "El señor Valle-Inclán que en *La comedia de las fieras* debutó con aplauso [...] no tuvo anoche buena fortuna. En su

<sup>55</sup> "Banquete en honor de Benavente", *La época* (Madrid, 14-XI-1898).

<sup>56</sup> "En Madrid", *El imparcial* (Madrid, 12-II-1898). La carta a Zola fue una campaña organizada por la revista *Don Quijote* con bastante eco en la prensa y que llegó a recoger unas cuatrocientas firmas.

<sup>57</sup> Darío, R., "Un estilista que vendrá", *La nación*, (Buenos Aires, 4-VI-1899); seguimos a L. Schiavo, "Valle-Inclán en *La nación* de Buenos Aires", *Gramma y cal* (Palma, nº 1, 1995, p. 213-217).

corto papel de marqués y héroe fue muy reído y estuvo apunto de estropear el buen éxito de la obra". En cambio, Josefina Blanco, que actuaba en el papel de Guillermo, recibió elogios: "[...] y Josefina Blanco, actriz de talento cuyos adelantos son visibles, estuvo muy bien y muy mona además"<sup>58</sup>.

Aprovechando la visita a Madrid de Enrique Gómez Carrillo organizaron un banquete en su honor. Asisten Alejandro Sawa, Rubén Darío, ... en una de las fotografías puede verse a don Ramón durmiendo con la cabeza apoyada en otro de los asistentes<sup>59</sup>.

Si trabaja en sus libros o no, o si no logra el resultado deseado es una incógnita pero siguiendo a sus amigos de *El país*: "Valle-Inclán, el autor de *Femeninas*, se propone terminar en breve su libro *Tierra caliente*, colección de pintorescos cuadros tropicales. Tantas veces nos lo ha ofrecido que ya no nos atrevemos a esperarlo"<sup>60</sup>, parece haber abandonado su quehacer literario.

Persona poco propicia a trabajar en grupo, su paso por las revistas será breve, unos meses en la redacción de *Germinal*, y lo mismo en *Revista nueva* fundada por Ruiz Contreras y José Lassalle<sup>61</sup>. Este último, aunque más de veinte años después, ofrece la única descripción de sus interioridades:

[...] El autor del título, el forjador de la idea, fue mi buen amigo Luis Ruiz Contreras. El capital fueron unas cuantas pesetas que entre él y yo pudimos reunir; el impresor fue Antonio Marzo, que nunca nos apuró por el cobro de los recibos de la imprenta; el local, un modestísimo entresuelo en una destartalada y vieja casa de la calle de la Madera, que había sido, según dicen, morada nada menos que de uno de los príncipes de nuestros ingenios: Quevedo.

El mobiliario lo constituían dos mesas, cuatro sillas y un estante, sacados a la vergüenza pública desde el fondo de nuestras respectivas guardillas, en donde reposaban, muy mercedamente, las fatigas de una larga y laboriosa existencia.



**Comida homenaje a Gómez Carrillo, Madrid, 1899.**

<sup>58</sup> Laserna, J. de, "Los teatros", *El imparcial* (Madrid, 22-I-1899). Casi todas las reseñas del estreno son críticas con el papel de Valle-Inclán exceptuando *Bellas artes* (Madrid, 26-I-1899) que mantiene que actuó bien pero no gustó; para Josefina Blanco v. Palomero, A., "Crónicas teatrales", *El nuevo país* (Madrid, 22-I-1899).

<sup>59</sup> "Por Gómez Carrillo", *La vida literaria* (Madrid, 20-IV-1899, p. 248-249); una jocosa crítica en "Banquete decadentista", *Juan Rana* (Madrid, 21-IV-1899).

<sup>60</sup> "Indiscreciones literarias", *El país* (Madrid, 24-IV-1899).

<sup>61</sup> Don Ramón aparece como miembro de la redacción de *Germinal* el treinta de abril de 1897 y su cese se publica el treinta de julio; tanto en esta publicación, como en *Revista nueva*, publicará, con ligeras variantes, el mismo texto titulado "Ádega".



Caricatura de Leal da Cámara.

que contábamos, y de las cuales ya os he hablado, Contreras había hecho milagros para conseguir esa lista de colaboradores; mas si no olvidáis que la revista en cuestión es vieja de más de veinte años, caeréis en la cuenta de que los nombres célebres de esa pléyade eran por aquel entonces humildes o desconocidos. Sólo Ruíz Contreras y Benavente habían ya hecho algo; los demás puede decirse que hacíamos nuestras primeras armas en *Revista nueva*. [...] Nos reuníamos todas las tardes. En la redacción reinaba una franca y juvenil alegría. Ni el presente ni el porvenir nos preocupaban. El presente tenía veinticinco años; el porvenir ¡estaba tan lejos!

A cada lado de la inmensa ventana, por la que entraba a torrentes la luz del incomparable sol madrileño, habíamos colocado las dos mesas: la redacción aquí, la administración allá. Así lo había decidido el espíritu organizador de Contreras, que frecuentemente se escandalizaba ante nuestra desordenada bohemia; pero como nosotros no respetábamos esa división teórica, un día Contreras [...] ató una soga por uno de los extremos a la reja de la ventana y el otro a un clavo fijo en la pared de enfrente, especificando con un gesto definitivo y que no admitía réplica: Esta es la administración, esta es la redacción.

Ruíz Contreras era el jefe, y aunque la nieve no había caído aún sobre esas sus barbas, que le dan un aspecto de apóstol de Miguel Ángel, todos le reconocíamos como el papa, como el mentor de la casa.

En la puerta de la calle una placa de cinc decía:

*Revista nueva*, Redacción- Administración.

Detrás de esta puerta, un chicuelo canijo, con una coleta así de grande, con un flamante uniforme de botones comprado en los almacenes de El Águila. Y... ya teneis vivita y coleando una revista literaria: la *Revista nueva*.

Delante de mí tengo un número. Es un folletín en octavo, de ochenta páginas, elegante y discreto [...] Lo abro. En el índice puedo leer los siguientes nombres: Ruíz Contreras, Ramiro de Maeztu, Jacinto Benavente, Martínez Sierra, Pío Baroja, Ramón del Valle-Inclán, Azorín, Unamuno, Rubén Darío, Amado Nervo y... modesto y hasta amedrentado ante el clamor de tanta gloria y grandeza, ¡el mío!

Al pronto diréis que con las cuatro pesetas y pico de capital con

Yo, a pesar de que no he conseguido aprender a multiplicar, y que siento y he sentido siempre una invencible tirria contra Pitágoras. Fui nombrado «redactor y administrador» ;nada menos!

Un día, mejor dicho una tarde, la redacción estaba repleta. Ruiz Contreras limpiaba un revólver para matar a no sé quien que se había permitido decir que *Revista nueva* era una cosa de los jesuitas. Valle-Inclán explicaba a Maeztu con grandes gestos, saltos, gritos y muecas la ejecución y consecuencias de una estocada florentina. La espada era un bastón; la daga, un lápiz Faber. Jacinto Benavente hacía ejercicios de pesas con dos paquetes de la revista destinados a los libreros de provincias; Pío Baroja sostenía una acalorada a la par que silenciosa discusión con media libreta y un pedazo de chorizo de Pamplona, en la que el chorizo y la libreta, dicho sea en honor de la verdad, llevaban la peor parte, y yo jugaba con Julio Poveda una partida al juego del asalto, mientras que nuestro «botones», en el pasillo, seguía todo un curso de tauromaquia de salón, marcándose verónicas y molinetes delante de una desvencijada silla que hacía las veces de toro.

¡Ya veis que la redacción y administración de *Revista nueva* era una colmena!

De pronto llaman a la puerta, y al poco rato vimos entrar a un señor que nos preguntaba:

-¿Es aquí la administración de *Revista nueva*?

Ruiz Contreras apuntó con el revólver, que no había abandonado, así como si quisiese hacer blanco en el redactor administrativo; el visitante, algo atemorizado por dicho revólver y sin duda por la poca gracia con que había saltado la cuerda que limitaba la administración, se acercó a mí y, amedrentado y modesto, me dijo:

- Desearía suscribirme por un semestre a la revista.

¡No lo hubiera dicho! Jacinto Benavente dejó caer pesadamente los dos paquetes con los que cultivaba el desarrollo de sus bíceps; Valle-Inclán lanzó un quejido como si una daga florentina, en terrible y desleal combate, le hubiese partido el corazón; el chorizo o la libreta de Baroja esgrimieron un argumento irrefutable atravesándose en la garganta y ocasionando un principio de asfixia; Ruiz Contreras, terrible y vengador, cargaba apresuradamente el revólver, temiendo, sin duda, alguna traición; Poveda se quedaba con la boca abierta, y yo, aprovechando el azoramiento general, le hacía una trampa para ganarle el puro de 15 céntimos que nos jugábamos; mientras el «botones», en el pasillo, endilgaba a la silla-toro un bajonazo volviendo la cara y tomando el olivo.

No os extrañe el general desastre. Este señor, causante de todo, era el primer suscriptor espontáneo de *Revista nueva*. Repuesto algún tanto de la primera alarma y de la primera sorpresa, extendí el recibo y la papeleta de suscripción, diciendo:

- Son ocho pesetas.

El señor sacó de una elegante cartera de bolsillo un billete de cincuenta pesetas. Inútil es que os jure que en la caja de la administración de *Revista nueva* no había ni un perro chico. Sin gran esfuerzo de vuestra imaginación y fantasía podéis suponer que en mis bolsillos ocurría otro tanto. Sin embargo, no perdí la cabeza, y pensando sólo en la responsabilidad de mi cargo, y atento, como era mi deber, a salvar el honor de la administración, pregunté a Ruiz Contreras con tono tranquilo

e indiferente, aunque conocía de antemano la respuesta:

-¿Tiene usted cambio de cincuenta pesetas? Yo no tengo fondos –añadí- porque acabo de pagar siete mil pesetas a la imprenta.

Ruiz Contreras, a quien esto de las siete mil pesetas había cortado la respiración, puesto que pagábamos a la imprenta en pequeñísimas dosis, si mi memoria de contador no me es infiel, se limitó a contestarme moviendo el revólver de derecha a izquierda [...]

-Señores ¿quién tiene cambio de cincuenta pesetas?

Valle-Inclán, recostado en el respaldo de una silla, con sus melenas absalónicas apoyadas en la pared, se hacía el muerto o el dormido detrás de sus quevedos, que ya en aquella lejana época presagiaban el tamaño que habían de alcanzar con el tiempo. Pío Baroja había renaudado la interrumpida conversación con el chorizo. Por todas partes, olvido e indiferencia.

-¿Y si mandásemos al botones a la tahona de enfrente a cambiar?- propuso Benavente.

-¡Es verdad; no habíamos pensado en ello! ¡Chico! [...].

-¡Buenas tardes, señores!

-¡Buenas tardes, señor!

Estábamos de tal modo anonadados y sorprendidos que ni siquiera pensamos en hacer al buen señor una despedida amable.

- La verdad es –dije yo- que no hemos sido muy corteses con nuestro primer suscriptor espontáneo.

Como el hombre es cruel e ingrato, Pío Baroja, espíritu fuerte, me contestó:

-¡No se apure usted, Pepe! Un hombre que viene sin que nadie le fuerce para ello a suscribirse a nuestra revista, no puede ser ni es más que un mísero pingüino. ¡Chico! ¡Botones! –añadió echando una mirada a las ocho pesetas que estaban encima de la mesa- ¡Chico! ¡Vete a buscar cuatro cafés! [...].”

La *Revista nueva* vivió sólo unos meses: nueve [...]. A la muerte de nuestra revista nos dispersamos. Yo me marché a Alemania, y a mi regreso, algunos años más tarde, todos, absolutamente todos mis compañeros, ocupaban un puesto envidiable en la vida intelectual española [...].

José Lassalle<sup>62</sup>.

El famoso y desgraciado incidente con Manuel Bueno ocurrió el veinticuatro de julio, sobre las tres de la tarde; dejando de lado la cantidad de disparates dichos por el autor y por sus coetáneos –flemón difuso, falta de higiene, herida producida por los gemelos de la camisa...- lo más clarificador es la aportación de dos testigos presenciales que, a pesar del tiempo transcurrido, dan una versión muy semejante y además coincidente con el acta del duelo, único documento de época. El más temprano, por así decirlo, es Orts:

<sup>62</sup> Lassalle, J., “En torno a la *Revista nueva*”, *La voz* (Madrid, 3-XII-1920, p. 3).

Ocurrió el incidente que voy a narrar, a fines de junio o primeros de julio de 1899, en el café de la Montaña, de Madrid, donde por entonces habíamos trasladado la tertulia, que en pocos meses recorrió los cafés Lyon d'Or, Madrid, Candelas y no sé si algunos más. Como se ve, era una tertulia completamente nómada.

Los asiduos, los fieles de ella, éramos Jacinto Benavente, Valle-Inclán, Camilo Bargiela, Pío Baroja, Barinaga, el caricaturista Leal da Cámara, el otro caricaturista Sancha, con alguna frecuencia el no menos caricaturista Xaudaró, y con muchas faltas de asiduidad Antonio Palomero, Ramiro de Maeztu, Manolo Bueno, Rubén Darío, el famoso Cornuty, Gómez Carrillo, cuando estaba en Madrid, Riquelme Flores, Carlos de Batlle, Gregorio Martínez Sierra, Pedro González Blanco, Paco Villaespesa, Bernardo G. de Candamo, y algún otro que ahora no puedo recordar.

El día de autos, era la cuestión palpitante, la actualidad, un duelo pendiente entre Tomás Leal da Cámara y un muchacho granadino, literato honorario, o por afinidad, gran amigo de Benavente, y llamado López del Castillo, al cual no sé quien había empezado a llamar *Lo poisson du Chateau*, y gracias a eso me es posible recordar en este momento su apellido.

Todo el mundo opinaba sobre ese duelo, y, como siempre, el criterio de Valle-Inclán prevalecía, entre otras razones porque Valle-Inclán no toleraba que un criterio suyo no prevaleciese, y constantemente «bajo presión» resultaba expuesto llevarle la contra.

En lo más acalorado de la discusión, llegó Manolo Bueno y de pie todavía tuvo la mala idea de disentir de la opinión de Valle que con aquel tono desdeñoso, agresivo, mortificante que le era por aquel tiempo característico, le replicó a Bueno en tales términos que el muchacho se creyó obligado a enarbolar el bastón.

Valle, a mi izquierda, ocupaba un asiento del diván, y Bueno se hallaba de pie, como he dicho, enfrente de él, y al ver el ademán de éste, cogió una botella... y me vertió el agua encima. Bueno simultáneamente descargaba el bastonazo para resguardarse del cual don Ramón puso el brazo izquierdo a la altura de la frente, y en la muñeca y en la cabeza recibió el palo. Entonces fue cuando Valle-Inclán reveló sus condiciones de combatibilidad, pues en un abrir y cerrar de ojos limpió la mesa de tazas, vasos y botellas con las que apedreó a Manolo Bueno, que había



Caricatura de Leal da Cámara en *La Vida Literaria*, 20 de abril de 1899.

emprendido la retirada y acabó por tomar la puerta.

La herida de la cabeza produjo a Valle bastante hemorragia, y la vista de la sangre y la presencia de unos guardias trajeron el desconcierto de los testigos, que tratando de esquivarse me abandonaron a mí con el herido. Pero como daba la casualidad de que desde hacía algunos meses ni Valle-Inclán ni yo teníamos un real, hube de llamar a capítulo a los prófugos y desertores, haciéndoles ver que si había de tomar un coche y llevar a un dispensario al herido, todo eso representaba gastos cuantiosos para nuestras posibilidades. Atendiendo a lo razonable de mi requerimiento, Benavente, Sancha, Batlle, dos médicos amigos del primero y algún otro de los presentes, del que no hago memoria, me proveyeron de abundantes fondos; y hétenos a don Ramón del Valle-Inclán y a mí –en la Habana, me dijo Pedro González Blanco, que él nos había acompañado, no lo recuerdo– camino de la calle del Desengaño, en busca de un médico que meses antes me había asistido de un botellazo <conquistado> en la horchatería de Candelas. No estaba en el dispensario mi benefactor, y dejando la iniciativa al cochero, éste nos condujo a otro dispensario de la Concepción Jerónima, donde el médico dándole toda la importancia a

<sup>63</sup> Orts y Ramos, T., *A los cuarenta y tantos años de ver toros*, Barcelona, 1926, p. 73-77.

<sup>64</sup> En *La vida literaria* (Madrid, 11-II-1899, p. 111): “Tengo el gusto de presentarles a ustedes al distinguido dibujante portugués sr. Leal da Cámara, que se halla en Madrid [...]”; “Noticias”, *El liberal* (Madrid, 6-IV-1899): “[...] Aprovechando la estancia en Madrid del eminente caricaturista portugués Leal da Cámara, la empresa de *La vida literaria* le ha ofrecido la dirección artística [...]”.

la herida de la cabeza y ninguna a la de la muñeca, pues esta se reducía a un agujerito del que salía una gota de sangre, que limpiada necesitaba un ratito para formarse otra, para la de la cabeza fueron todos los cuidados y a la otra se limitó a aplicarle una tiritita de tafetán inglés.

Curado mi amigo, lo llevé a su domicilio, que era por entonces un cuarto en el número 3 de la calle de Calvo Asensio, y no quiero referir hoy lo cómico del recibimiento que nos hizo la mujer, que a cambio de habitación, asistía al famoso literato. Se acostó Valle, le dejé sobre la mesita de noche el resto del <guante> echado en el café de la Montaña, y durante dos o tres días fui su más asiduo enfermero. Mas por entonces tenía yo pendiente un proceso de índole <casanovesca>, y siguiendo consejos muy prudentes tuve que venirme a Barcelona.

A los quince o veinte días me escribió Camilo Bargiela que a Valle le iban a cortar el brazo, y con efecto se lo cortaron, y unos meses más tarde, con el brazo cortado, se vino a pasar dos conmigo a Barcelona, en busca de pan y trabajo, cosas ambas que le proporcioné.<sup>63</sup>

Tomás Leal da Cámara, artista portugués que emigró a España por motivos políticos, llegó a Madrid hacia febrero de 1899 donde fue inmediatamente apreciado por su novedosa manera de hacer caricaturas al punto de que a poco de su arribada le encargaron la dirección artística de *La vida literaria*<sup>64</sup>.

En la entrevista que le hace Manuel Martinho, Leal da Cámara recuerda mucho después:

[...] Eu fui para Madrid com 18 anos. Tinha emigrado por coisas da política. Nessa idade, todos nós, de sangue a ferver, eramos idealistas [...] As portas dos jornais madrilenos [sic] abriam-se-me de par em par. Arranjei amizades. Todos me consideravam [...]

- Qual era o *café* que frequentaba?

-[...] O predilecto, porém, era o *Montanha* –entre a calle de Alcalá e a *Carreira* de San Jerónimo. Alí se encontravam Valle-Inclán, Manuel Bueno, Benavente, Baroja...

Vivía em Madrid numa sossegada casa de hóspedes –onde, para mal dos meus pecados- conheci López del Castillo, um jovem amigo de Benavente, e que vagamente alinhava umas literatices... Todos os días discutíamos coisas de arte. Mas o moço procurava sempre humilhar-me com a sua vivacidade, na minha condição de português. Uma tarde, já aborrecido com as suas fanfarronadas, ouvi-lhe dizer qualquer coisa mais desagradável, pretêxto para me irritar [...] Nessa noite mandei-lhe testemunhas: quería provar-lhe como se castiga um insolente.

Ora foi por via dêste duelo que Valle-Inclán ficou sem o seu braço esquerdo. A pendencia era o asunto das tertulias literarias de Madrid. Os meus padrinhos –o grande poeta Rubem Dario e o capitao de artilharia d. Pablo, nao me recordo do apelido- tinham já falado com Jacinto Benavente e um outro intelectual, que apadrinhavam o meu antagonista.

- E como era o duelo?

- A espada. Eu aprendera em Lisboa, qualquer coisa, com o grande prof. Cid. Além disso, tôdas as tardes, treinava-me com o capitao d. Pablo, meu padrinho [...] Foi no *Montanha*. A hora da tertulia d. Manuel Bueno gritava que o duelo nao se podía realizar porque eu era menor... Valle-Inclán sempre vivo e audacioso, replicou: «¿Qué entiende usted de eso, majadero...?» O grande jornalista levantou a bengala que tinha un castao de ferro e descarregou um golpe que Valle-Inclán aparou no braço. Prontamente serenaram a questao. Valle-Inclán disse que aquilo nao tinha importancia mal reparando que tinha um ferimento no braço. E continuou a beber. Mais tarde cheio de dores, levaram-no a uma farmacia. E dias despois o braço foilhe amputado. Era um doente, com um sangue envenenado.

Os amigos compraram-lhe um braço artificial. Nunca o quis<sup>65</sup>.

Ambos testimonios y el acta del duelo<sup>66</sup> coinciden en los mismos hechos: lugar, motivo de la discusión, la agresión de Valle-Inclán a Bueno, la respuesta de este... aunque restan algunos flecos, como por ejemplo, la edad de Leal da Cámara; él mismo dice tener dieciocho años aunque generalmente se da 1876 como su fecha de nacimiento.

Las discusiones sobre la calidad del ofendido se deben a que éste tenía el derecho a elegir armas. Manuel Bueno proponía “sable a todo juego” pero su contrincante, con un brazo destrozado, exigía pistola<sup>67</sup>. El duelo no se celebró y la grave lesión, mal atendida, se complicó y fue precisa la amputación; antes de someterse a ella Valle-Inclán viajó a Barcelona, probablemente para solicitar una segunda opinión, desde donde escribe a Amadeo Vives:

[membrete del Ateneo Barcelonés]

Sr Dn. Amadeo Vives

<sup>65</sup> Martinho, M., “Como perdeu o braço esquerdo d. Ramón del Valle-Inclán”, *O século ilustrado* (Lisboa, 21-VII-1945) cortesía de la profesora Susana Rocha; veáse también su artículo, “Valle-Inclán y Portugal”, *Anuario Valle-Inclán VII*, 2007, p. 107-129

<sup>66</sup> *Entrevistas, conferencias y cartas*, p. 9-11.

<sup>67</sup> La elección del arma por Manuel Bueno en “Al menudeo. Lances personales”, *El correo* (Madrid, 27-VII-1899) ; la de don Ramón en “Lances personales”, *Heraldo de Madrid* (Madrid, 25-VII-1899).

Mi querido Vives:

Le escribo porque mi brazo se va (hoy he recibido la última conminatoria). A fuerza de fuerzas he reunido doce duros, me faltan trece, ¿podrá usted darme una mano para completar el brazo? Sabe cuánto le quiere y es su amigo

Valle-Inclán

Hoy-3-agosto

Aribau 19, 1º 2<sup>68</sup>.

Según el certificado del doctor Manuel Barragán efectuó la amputación el doce de agosto, en la casa de salud Santa Teresa- Paseo de la Castellana nº 7, sufría “una fractura conminuta con herida de los huesos del antebrazo”<sup>69</sup>. Sin em-

bargo notas de prensa indican que la operación fue el día diez: “El distinguido literato y querido amigo nuestro, d. Ramón del Valle-Inclán, sufrió ayer mañana, en la clínica particular de Santa Teresa, la amputación del brazo izquierdo”<sup>70</sup>.

La asociación de la prensa, en reunión del veintiocho de octubre, a requerimiento de una carta firmada por numerosos periodistas y autores, acuerda regalarle un brazo de goma al que se refiere en carta a Ulloa: “Me convendrían ahora unas pesetas, para poder comprarme el brazo. La Asociación de la Prensa me da para ello quinientas pesetas, pero el brazo, si ha de serme de alguna utilidad, me costará mil”<sup>71</sup>.

Nunca usó el brazo ortopédico y no hay certeza de si llegó a comprarlo o –lo más probable- empleó el dinero en otros menesteres.

Considerando su manera de ser –fantasioso, altivo, elitista y con su mentalidad antigua de hombre de honor- la pérdida del brazo tuvo que ser un golpe inenarrable. No sólo se desvanecía su carrera de actor, mucho más grave era la vulgaridad notoria de su desgracia: no había la heroicidad de un duelo, la nobleza de una lucha, era la simple consecuencia de una reyerta de café y de mala praxis médica.

Siempre que se refirió a su manquedad tergiversó los hechos y engañó sobre las causas, lo mitificó en *Sonata de invierno* y fantaseó en las tertulias lo que le vino en gana. En su obra literaria un único lamento: “[...] los sueños de aventura, esmaltados con los colores del blasón, huyeron como los pájaros del nido. Sólo alguna vez, por el influjo de la Noche, por el influjo de la Primavera, por el influjo de la Luna, volvían a posarse y a cantar en los jardines del alma, sobre un ramaje de lambrequines... Luego dejé de oírlos para siempre. Al cumplir los treinta años, hubieron de cercenarme un brazo, y no sé si remontaron el vuelo o se quedaron mudos”<sup>72</sup>.

<sup>68</sup> Borrás, T., “Se escribía en España”, *Arriba* (Madrid, 21-II-1974).

<sup>69</sup> Bonifaz, M., “Epílogo sobre el brazo de Valle-Inclán”, *La estafeta literaria* (Madrid, nº 28, 10-VI-1945, p. 5).

<sup>70</sup> “Valle-Inclán”, *El país* (Madrid, 11-VIII-1899); coinciden *Heraldo de Madrid* y *La época* (*idem*); otros sueltos de prensa cambian a “la clínica particular del paseo del Cisne” (*El imparcial*, 12-VIII-1899).

<sup>71</sup> “La junta directiva aprobó...”, *Hoja del lunes* (Madrid, 11-V-1986) y Requejo, Laura, “Cien años de acontecimientos en buena e histórica compañía”, *Ya* (Madrid (28-V-1995); *Valle-Inclán inédito*, p. 149.

<sup>72</sup> *La lámpara maravillosa O.C.*, I, p. 1909.

Pronto vuelve a la vida pública con una representación de *La fierecilla domada* –adaptada por Benavente– y dirigida por Antonio Vico (hijo) en la que trabaja como “peluquero y atrezzista” según unos y como “autor de los figurines” según otras informaciones<sup>73</sup>. Los amigos se vuelcan con él y a través del teatro artístico organizado por Benavente organizan una función en su beneficio en la que se estrenará *Cenizas e Interior* de Maeterlinck, traducida y arreglada por él - obra que nunca llegó a ser representada- y con un cartel diseñado por Rusiñol<sup>74</sup>.

Tras un sin fin de contrariedades, abandonos y retrasos se estrenó *Cenizas* el doce de diciembre a las cuatro de la tarde en el teatro Lara; la crítica en general prudente y medida, con excepciones como *El español*: “Tiene Valle entendimiento bastante para no molestarse porque se le diga la verdad. La obra estrenada ayer revela al prosista fácil, al escritor inteligente pero no al dramaturgo”<sup>75</sup>. En cambio la segunda obra, *Despedida cruel* de Benavente, fue muy elogiada y en ella destacó la joven actriz Josefina Blanco.

No sabemos cuándo perdió su momio ministerial pero no cabe duda de que vivieron años difíciles que le forzaron a ser lo que menos le gustaba: un escritor “pro pane lucrando” que, muy a su pesar, se ve en la tesitura de escribir un cuento para un concurso en el diario *El liberal* a ver si obtiene un premio de quinientas pesetas.

<sup>73</sup> Iznajar, “Fiesta de literatos”, *La época* (Madrid, 11-IX-1899) y “Literatos actores”, *El globo* (ídem); en otros no se menciona su nombre, p. e. “Literatos actores”, *Heraldo de Madrid* (11-IX-1899), “Domingo-fiesta literaria”, *Instantáneas* (Madrid, II, nº 50, 16-IX-1899).

<sup>74</sup> Entre las abundantes reseñas, “Espectáculos”, *Heraldo de Madrid* (Madrid, 17-IX-1899) y “Teatros y circos”, *El español* (Madrid, 18-IX-1899). El cartel de Rusiñol lo describe José Francés, “Santiago Rusiñol”, *La ilustración española y americana* (Madrid, LVII, nº xvi, 20-IV-1913, p. 273).

<sup>75</sup> “Teatro artístico”, *El español* (Madrid, 13-XII-1899).

# Apéndice

## UN ESCRITOR MUNDANO

Ricardo Fuente, *De un periodista, Madrid, 1897, p. 186-203*

Si por su obras no ha pasado aún de las coterias literarias, por su original pergeño y extravagante vestimenta ha merecido los honores de la popularidad.

El caricaturesco lápiz de nuestros dibujantes ha trazado, en más de una ocasión, su silueta en los semanarios ilustrados, con la sugestiva leyenda al pie, de Tipos madrileños, y pocos de los lectores de los que vivan en la corte habrán dejado de exclamar al ver el dibujo: "He aquí mi hombre".

¡De singular heroísmo y firme resignación cristiana ha menester para lucir por los más extraviados rincones de Madrid su exótico y caprichos tocado! Bien es verdad que él desprecia, con aristocrático desdén de gran señor, el asombro del pacífico burgués, la burlona sonrisa de las mujeres y los agudos dicharachos de la chulapería callejera.

Alto, delgado, con cara de Cristo bizanti- [p. 187] no adornada de lentes; melena merovingia, que, abundosa y desbordante, cae sobre los hombros; enorme sombrero de gaucho paraguayo; cuellos de tal modo inverosímiles que oscurecen y dejan tañitos a los de ya célebres de Luis Morote; continente de audaz impertinencia...

¿Le conocéis? ¿Le habéis visto?

Pues este tipo, con quien seguro tantas veces os habéis tropezado en la calle o en el paseo, en el teatro o en el café, es Ramón del Valle-Inclán, literato el más original. Por su físico y su talento, de la generación nueva.

A poco de llegar Valle a Madrid, hará de esto unos dos años, la gente de letras, adivinado en él, por su romántica melena a un pintor, músico o poeta, trató de inquirir noticias suyas. Fueron las primeras que sirvieron de aperitivo a la general curiosidad que valle despertara en los círculos literarios, las que proporcionó Alfredo Vicenti, director de *El globo*, en un artículo, por el cual se supo que Ramón del Valle, espíritu apasionado e inquieto, después de hacerse famoso en la Universidad de Santiago por su borrascosa vida estudiantil, y de haber estado a punto de profesar en un convento de frailes trapenses, marchóse a América para emular, con aventuras, en sumo grado extraordinarias, las hazañas de aquellos españoles del [p. 188] siglo XVI, que cruzaban los mares en busca de gloria y fortuna.

Unos cómicos que, tras una malaventurada tournée, volvían a la patria y habían conocido y tratado a Valle en Méjico, completaron las noticias de Alfredo Vicenti. Referían los cómicos, de Valle-Inclán, una verdadera leyenda donjuanesca de calaveradas, duelos y amoríos juveniles.

Director de un periódico, órgano de la colonia española, comandante luego del

ejército mejicano; como periodista y como militar las hizo tales y tan gordas, que el Gobierno de Méjico le embarcó con rumbo a España, como sujeto peligroso para la tranquilidad de la República.

Y hacia sus lares volvió Valle-Inclán, muy pesaroso de no haber podido traer consigo alguno de aquellos colosales ídolos de obsidiana y ojos de ágata, a los que rindiera culto de artista en sus viajes militares por Tierra caliente.

Tampoco trajo de América muchas onzas mejicanas. Consistía su único caudal en las cuartillas del libro *Femeninas* que, a poco de desembarcar Valle en España, publicó el editor Andrés Landín.

¡No era menester tanto para que la bohemia literaria de Madrid le recibiera con los brazos abiertos!

La rareza de su tipo, la novelería de su [p. 189] vida y la hermosura de su libro, bien pronto ganaron para él amigos, voluntades y simpatías.

Valle tiene un fino y exquisito temperamento de artista.

Neurótico de alma complicada, decadente con decadentismo pagano, necesita para vivir de los placeres estéticos, como los morfinómanos del veneno que les sume en deliciosos éxtasis.

Fuera del arte todo le es extraño, y nada comprende o nada afecta comprender.

Quizás por haber vivido mucho en poco tiempo y haber gustado con exceso las amargas asperezas del mundo, se ha encastillado en “torre de marfil” y hecho del ensueño una delivrance.

¡Ay! ¡Quién pudiera como él, solo, seguro de sí mismo, con esa independencia que se procura el que de nadie depende, sin todas esas trabas que llena de obstáculos el camino de la vida, darse por entero a la vocación de sus amores!

Valle-Inclán es un hombre envidiable. Tiene buenos y escogidos libros para deleitarse en su lectura; amigos con quienes flanear, conversando de comunes ideales y aspiraciones; pasa unas horas diarias en [p. 190] el café Inglés o en la Cervecería, donde abre la válvula de sus odios y desdenes literarios; escribe libros y artículos sin que le aguijoneen necesidades del momento, y profesa esa amable filosofía cuya suprema fórmula consiste en soberano encogimiento de hombros.

¿Qué más puede pedir, ni que más va a desear un bohemio como él?

Sus teorías son bien sencillas: quien no haya leído una diabólica de Barbey d’Aurevilly, un cuento de Anatole France o una novela de Gabriel D’Annunzio; quien no haya canturreado, entre estremecimientos de placer, una página de Chautebriand o un trozo de la armónica prosa de Solís; quien no haya saboreado con delicia el esprit de Rivarol o las cínicas ironías de Heine, no conoce la dicha.

El arte lo es todo, fuera de él sólo existe el snobismo y la burguesía, lo que el género humano tiene de innoble y brutal.



Cuando en la redacción de *El país*, que Valle solía visitar con frecuencia, porque en ella contaba con buenos amigos, se discutían acaloradamente los acontecimientos políticos, en aquellas hermosas noches de fiebre y agitación en que el entusiasmo se traducía en líricos cantos a la libertad y a la República, Valle nos miraba trabajar entre asombrado y desdeñoso. [p. 191]

¡No llegaba comprender el porqué de nuestra exaltación! ¡No le entraban en la cabeza aquellas nerviosidades nuestras!

-¿Qué os importa a vosotros la República? –nos decía Valle luego, que, terminado el trabajo, descansábamos de sus fatigas con alegre charloteo- ¿Para qué más libertad? ¿Impide la monarquía que haga uno lo que bien le cuadre? Aquí me tenéis a mí, que ni estoy empadronado, ni tengo cédula, ni siquiera sé a que nación pertenezco legalmente, y sin embargo, nadie se mete conmigo, ni me incomoda. Comprendo que defendiéseis la República si con la monarquía no pudiéramos publicar nuestros libros o nuestros artículos. Cada uno a lo suyo. ¿La República? Que la defiendan los que la necesiten. Si es más barata y mejor que el régimen actual, que procuren traerla los comerciantes, los industriales, los que pagan contribución. Esos, sí; pero nosotros, que nada tenemos y nada tendremos, ¿qué nos va en ello?

Este desprecio de Valle por la política daba origen casi siempre a violentas discusiones, que terminaban en una recíproca compasión: la que nosotros sentíamos hacia Valle, incapaz de admirar los grandes ideales de la libertad, y la que Valle sentía hacia nosotros, literatos pro pane lucrando, que manchaban su pluma con la desaliñada y pedestre prosa periodística. [p. 192]

Contribuye mucho a esta manera de ser de Valle-Inclán, su exagerada admiración por el dandismo. Si fuese rico, sería dandi.

Está enamorado de Brummell, D'Orsay y Lauzun; lee cuanto puede hallar a mano de estos tres elegantes a los que llama genios, y la distinción le parece ideal de una vida.

Ser raro, reservado, frío, indiferente; pensar de diverso modo que la multitud y no confundirse jamás con ella; saber desdeñar y tener como norma de conducta el lema: originalidad, impertinencia y audacia, que es para Valle muy Brummell, muy aristocrático y muy artístico.

Cuando Valle dice, con tono sentencioso: ¡Desgraciado del escritor que pueda ser entendido por más de cincuenta lectores! Es Brummell el que habla de literatura.

El brummellismo explica, mejor que pudiera hacerlo el más sutil psicólogo, la extravagancia de Valle en el vestir y las impertinencias y exabruptos de su trato social. Valle-Inclán es un decadentista raffiné, como ahora se dice en el caló del modernismo.

¡Y que bien les cuadra, a Valle y a todos los que como él piensan, el nombre de decadentes!

Les falta la virilidad de lo heroico, la capacidad de lo sublime. Su arte es femenino, y como la hembra, tornadizo y voluble. Su [p. 193] musa es delicada y bonita, caprichosa y coqueta; de sus redondos pechos fluye licor que embriaga, néctar que endulza; pero no la savia que nutre y da la vida. Mundana, espiritual y elegante, será Aspasia o Ninón, jamás Lucrecia o la madre de los Gracos.

Lo bello inútil: ese es su ideal.

¡Qué raza de hombres! No guardan en su corazón añejas creencias ni juveniles esperanzas. Schopenhauer no imaginó pesimismo tan desconsolador como el suyo.

Aquellos estoicos de la Roma cesárea, que se hacían abrir las venas en el baño y morían recitando los voluptuosos versos de algún poeta erótico, tenían más calor de humanidad que estos sibaritas decadentes, que estirpan a sus queridas el ovario para que los embarazos de la madre, no estorben los sensuales apetitos de su amor infecundo.

Los decadentes volverían a incendiar a Roma para procurarse la sensación agradable de un minuto; destruirían la tierra para salvar un bibelot.

¡Aun la misma vida les importa poco si, al morir “el gesto es bello”!

Son artistas como lo eran aquellos italianos del Renacimiento, que en las fastuosas cortes de Julio II o Lorenzo de Médicis se apuñalaban al pie de una estatua por una disputa estética, y eran incapaces de dejarse matar por un ideal de justicia o por salvar [p. 194] a su país del yugo de la tiranía; son artistas como lo eran aquellos que formaron la Italia corrompida y disoluta, para la que pedía Savonarola desde el púlpito la ira de Dios y los rayos del cielo.

Son artistas, pero hacen dudar de si valdrán más los bárbaros que los latinos.

Sólo cuando la miseria llama a las puertas de mi hogar y vienen las horas tristes y amargas en que se desfallece, sólo entonces pienso si esa quimera egoísta del decadentismo, no será narcótico bienhechor para calmar los dolores de un presente desdichado y un provenir incierto.

Si lo más esencial en la vida es el arte, lo más esencial en el arte es la forma.

Sobre estas dos afirmaciones levanta Valle-Inclán todo el edificio de su estética.

¡Oh, la estética de Valle! Con lo que sus amigos hemos discutido acerca de ella, se podrían llenar más volúmenes que los que hoy tiene el Diario de Cortes.

¡Es cosa de oír a Valle teorizar sobre asuntos artísticos!

Como el dandismo no le pone traba alguna de reserva e indiferencia, en lo que hace al arte, cuando halla ocasión de explicar sus [p. 195] principios estéticos, Valle-Inclán habla y discute con la vehemencia de un poseído. Se deja llevar por sus odios o sus amores, y se convierte en terrible anarquista literario. Sus argumentos son explosiones de sensibilidad comprimida, verdaderas descargas de electricidad nerviosa.

Un cónclave de cardenales que oyese blasfemar a Satanás, no quedaría tan asombrado y estupefacto como cualquier amante de las letras al oír a Valle sus heréticos atrevimientos.

Genios que tuvieron a los siglos por voceros y turiferarios de su fama, son juzgados por Valle-Inclán con el más hiperbólico desprecio.

Valle hace suyas las palabras de Cristo: los que no están conmigo están contra mí, y son pocos los que se libran de sus sarcasmos y sus desdenes.

Si no los aderezase con tanto ingenio y donaire, merecería ser castigado por los dioses como lo fue Tepsícoro, el difamador de Helena.

Los literatos, en lo porvenir –dice Valle– vivirán en las antologías por una página bien escrita. La belleza sólo está en la forma. El que no cincele y pula su estilo, no pasará de ser un mal escribiente.

Y, según este criterio, Balzac, que no fue estilista, le merece a Valle la misma estima- [p. 196] ción literaria que Tárrego y Mateos u Ortega y Frias.

Escribir una prosa vibrante y sonora, por entre cuyas palabras pase la vida estremeciéndose y palpitando es, según Valle, lo único que conduce a la inmortalidad de las antologías.

Por eso él, consecuente con su doctrina, padece como pocos lo que llamó Flaubert *les affres du style*.

Cuando escribe, se preocupa hasta el punto de ponerse calenturiento, de las asonancias, repeticiones, verbos auxiliares, relativos, de todas esas garambainas que embarazan la producción literaria y la convierten en dolorosísimo parto que desgarras las entrañas y agota las fuerzas.

Luego que las palabras quedan artísticamente engarzadas en el párrafo, que ha de estar dotado de una belleza autónoma; luego que la lima, ayudada por la paciencia, deja la joya resplandeciente y magnífica, con todas las irisaciones y cambiantes de la luz, nada resta por hacer.

Venus, para triunfar, sólo necesitó mostrarse.

¿Habrá de quedar reducida la finalidad del arte al frisson del estilo? ¿Y las ideas? ¿Qué es lo que dicen esos párrafos tan laboriosamente engendrados? Nada. El autor [p. 197] narra por el placer de narrar bien, por la voluptuosidad de hacer bello. Es un mago de la palabra, un encantador irresistible, que se apodera de vuestro espíritu con la seductora armonía de su voz.

Os halláis aburridos en la soledad tranquila del gabinete; de repente, y adivinando vuestro deseo de ahuyentar el spleen, surge misteriosamente Valle-Inclán, que, sin preámbulos ni ceremonias, comienza a contaros uno de sus cuentos. Escuchémosle.

“¡Qué invierno aquel. Los días se sucedían monótonos y amortajados en el sudario

de la llovizna. El viento soplabá áspero y frío; no traía caricias; no llevaba aromas; marchitaba la yerba; era un aliento embrujado. Algunas veces, al caer la tarde, se le oía en los pinares quejarse con voces del otro mundo. En la chimenea el trasgo moría de tedio; por los resquicios del tejado filtrábase la lluvia maligna y terca, empapando la negra tierra del suelo y la paja de los lechos.

¡Qué invierno aquel!

Aterida, mojada, tísica y temblona velaba el hambre a la puerta del horno; la vieja tirana de la aldea entrechocaba las desdentadas mandíbulas y tosía, llamando al muerto eco del rincón calcinado, negro y frío..”.

¡Ah! ¡Bien hace el hechicero en confiar en su talismán! Le pertenecéis, os ha hipnoti- [p. 198] zado con el relampagueo de sus frases, y desde ese momento abusará de vuestro pobre corazón con alguna historia tenebrosa y trágica.

Cuando el interés llegue a su colmo y vuestra sensibilidad se halle más dolorida, como el muy cruel lo conoce y lo sabe, temeroso de que el cansancio deshaga el poder del hechizo, termina su relato con una imagen brillante, y se aleja con el ceño fruncido, aguardando a que volváis la página para reírse burlonamente de vuestra credulidad y sencillez.

Sorprendidos, de buena gana le detendríais para preguntarle: “Pero qué, ¿no hay en tu pecho el más ligero reproche para esa infame mujer? ¿No te inspira piedad la pobre víctima? ¿No hay lágrimas en tus ojos para llorar con aquellos que tanto sufren? ¿No encuentras en tu rico caudal de frases un apóstrofe para la cínica inmoralidad de aquel canalla? ¿te figuras que me has de dejar así, sin una gota de bálsamo que calme los desgarros que has hecho en mi corazón? ¿Te atreves a separarte de mi lado sin consolarme del pesimismo sombrío de tus palabras?”.

Si tal hicieseis, Valle os respondería con fiera arrogancia: “Imbéciles, si he halagado vuestro oído, ¿qué más queréis? ¿Por acaso soy yo algún padre misionero? ¿Por ventura imagináis que el arte es un tratado de moral? [p. 199] Con la misma serenidad hierática narró Suetonio las monstruosidades de los Césares”.

La teoría del arte por el arte es bien añeja. Pablo Luis Courier dice de Plutarco: “Su mérito está en el estilo. Se burla de los hechos y, tan sólo preocupado de aparecer como un hábil escritor, no utiliza sino aquellos que le agradan. Haría ganar a Pompeyo la batalla de Farsalia si esto contribuyese a redondear uno de sus párrafos”.

¡La verdad, la vida y la moral sacrificadas al estilo! ¿Qué terrible divinidad es esa que exige para su culto tanta víctima?

No es ocasión de renovar querellas tan viejas como el arte, pero sí de protestar contra esa literatura decadente y raffiné. Merecedora de un crítico como la zorra de la fábula, que dijo al busto:

“Tu cabeza es hemosa, pero sin seso”.

A la estética de Valle opongo yo una frase de Montalembert, que he visto citada



por Ixart: “El más hábil cocinero no servirá nunca un filete... sin filete; en cambio la más torpe maritornes hará con él un plato nutritivo, por muy ahumado que esté. Lo que importa, pues, por encima de todo, es tener el filete”. [p. 200]

Las ideas, la finalidad en el arte, para mí, esos es el filete; forma, estilo, sonoridad, armonía, esas son las salsas, lo secundario y a veces lo superfluo.

El estilo solo es flor sin aroma, naturaleza sin sol.

Seamos griegos; rindamos ferviente adoración a la pureza de la forma, dicen los decadentes.

Tan griego era Platón como Aristóteles. No confundamos Grecia con Bizancio.

En la vida, el arte no es lo más esencial; lo más esencial es suprimir el dolor, y si hasta los dioses descendieron de su mansión celeste para ser sacrificados por la felicidad de los hombres, no es mucho pedir que los artistas bajen alguna vez del Olimpo a la tierra, y, humanizando a su musa, la conviertan en apóstol. [p. 201]

Al pecado, erguido en dogma, van enderezadas todas mis rudezas de burgués poco comprensivo; para los pecadores, si son tan artistas y tienen tanto talento como Valle-Inclán, sólo guardo simpatías y admiración.

Dejemos, pues, a Valle que se las entienda con sus príncipes y duquesas. ¡Después de todo, tan mundo es el salón del aristócrata como el tugurio del obrero; y tan de carne y hueso los nobles, como los plebeyos!

El escritor mundano se expone, eso sí, a rendir acatamiento de princesa a la que muy bien pudiera ser esposa de un enriquecido comerciante en géneros de punto, y a adornar con pomposo título nobiliario al barrigudo burgués, que no tiene de aristócrata más que el sastre y las exterioridades. También corre el riesgo de que las pasiones y conflictos morales de sus personajes no conmuevan muy hondamente, porque los seres humildes creen que no hay mayor felicidad que la de ser desgraciado con un millón de renta.

El gran mundo, semejante a esos países poéticos por la leyenda, y cuya poesía se desvanece luego que se los visita, se nos aparece rodeado de cierto misterioso encanto porque no lo conocemos bien.

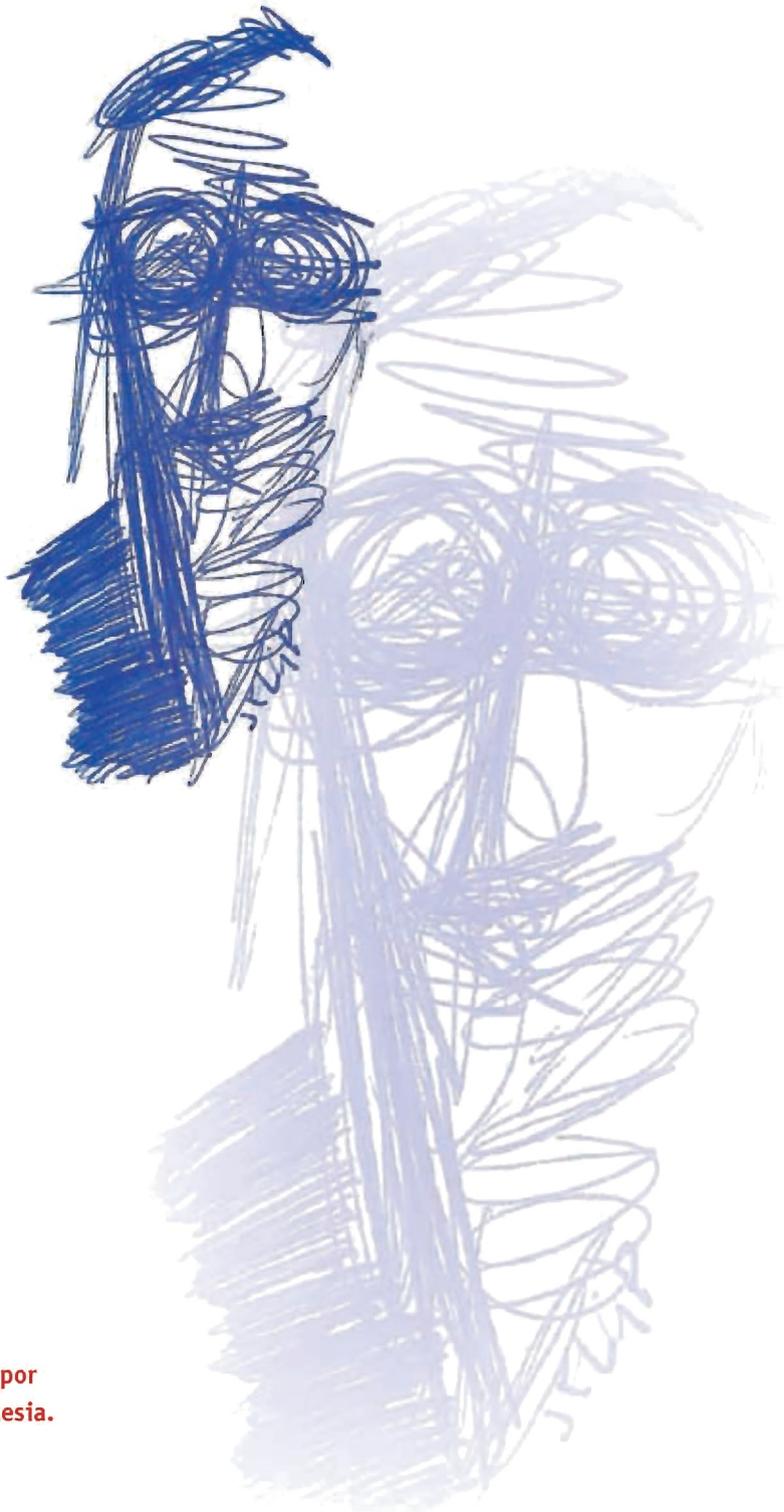
Verdad es que el escritor mundano puede poner en boca de sus personajes un lenguaje culto y florido, que el flirt, la distinción y [p. 202] la elegancia, le darán margen para lucir ingenio y fantasía; pero no es menos verdad que al lado de estas ventajas, hay el inconveniente, cuando no se vive de lleno en la high-life, de crear aristócratas a lo Georges Ohnet.

Pero todos estos escollos se salvan con el gusto exquisito de Valle, y como muy bien ha dicho Pérez Galdós, el humano ingenio en literatura narrativa, como en cualquier clase de arte, vive y vivirá en todos los ambientes y lo mismo dará sus flores en los pórticos de los palacios, que en medio de las más desoladas ruinas.

Prescindiendo de adjetivos, dejando a un lado esas clasificaciones literarias a las cuales, si he de hablar con sinceridad, no sé señalar límites, Valle-Inclán me parece un escritor digno de llamar la atención de la crítica.

Con *Femeninas* y *Epitalamio* ha demostrado cumplidamente tener una personalidad literaria de gran relieve, y ser excelente y notable prosista. Cuando publique *Tríptico*, *Cuentos color de sangre*, *Candor* y *Tierra caliente*, libros concluidos y en disposición de pasar a la imprenta, entonces, a pesar de su estética, ocupará sitio de honor entre los que hoy son esperanza de nuestro porvenir literario.

El notable historiador gallego Manuel [p. 203] Murguía, dice que de antiguo contó la casa de Valle-Inclán con grandes capitanes y notables hombres de ciencia y literatura, gloria y orgullo de Galicia. ¡Ojalá pudiera el autor de *Femeninas* y *Epitalamio*, cuando publique las obras, repetir las arrogantes palabras de Alfredo de Vigny: "Si yo escribiese la historia de mis abuelos, serían ellos mis descendientes".



Valle-Inclán por  
J. F. de Laiglesia.